

Norma B. Coronel

Historias sobre

EL SEÑOR DEL SI

y otros cuentos cortos

**Historias de Señor del Sí
Y otros cuentos cortos**

Primera impresión

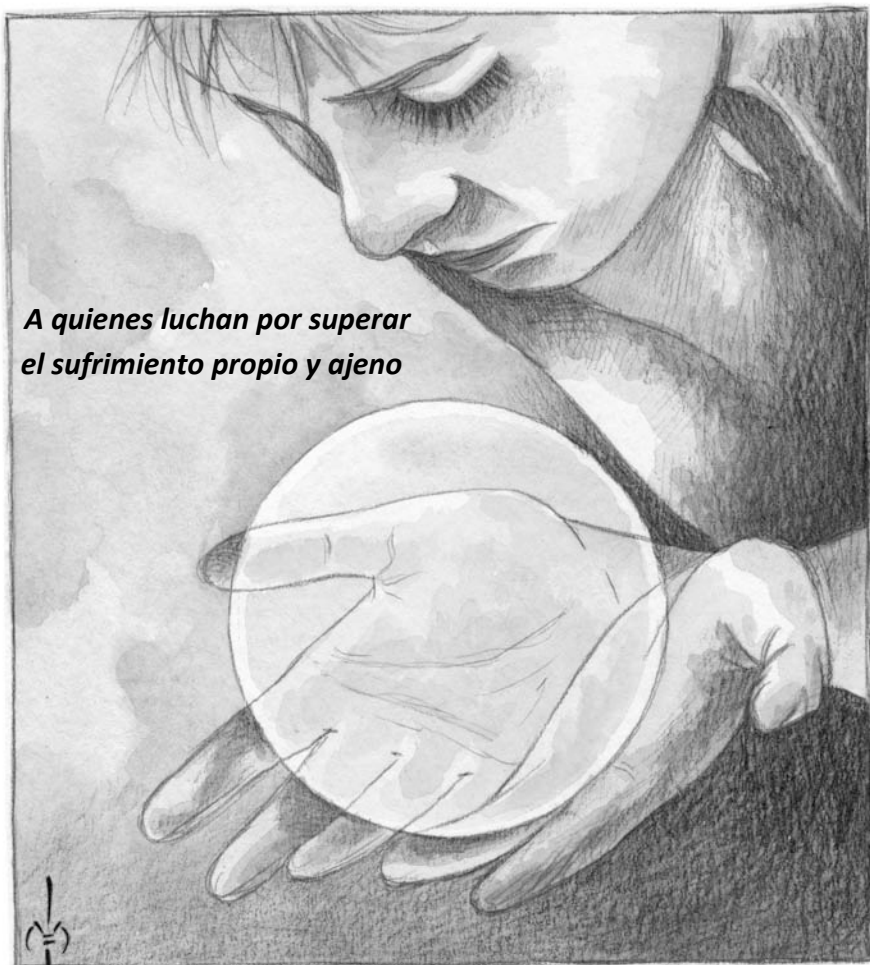
Diciembre de 2011

Ilustraciones: Fabián Mezquita

Diseño de tapa: Dante Pellegrini

copyright Norma B. Coronel

normabc@gmail.com



***A quienes luchan por superar
el sufrimiento propio y ajeno***

Un agradecimiento especial a Fabián Mezquita, Cristina Gunstche, Puchi y Dante Pellegrini y a los amigos que han colaborado con la publicación de este libro.

Norma B. Coronel

...Y llegó el cóndor en su majestuoso vuelo despejando a su paso la niebla que desde tiempos remotos cubría las ciudades del planeta azul manteniendo a sus pueblos en lucha constante. Distante el padre del hijo, distante el hermano de su hermano, distante un humano del otro.

Ninguno recordaba cuándo fue que el planeta cayó en tinieblas, ni cómo la niebla la había reemplazado pero ya era insostenible para cada alma continuar así. Poblaciones enteras vagando de un lado a otro sin encontrar su rumbo.

Cuando avistaron al cóndor por vez primera nadie supo decir a ciencia cierta su origen. Sólo circulaban rumores que alguno recordaba de épocas similares en un pasado lejano. Lo cierto era que aquel que vio o supo del vuelo del cóndor, comenzó a preguntarse al fin ¿quién soy... hacia dónde voy?, respondiéndose en silencio día a día y, luego de tanto tiempo, ocurrió que el sol comenzó a anunciar la nueva alborada.

Yo comprendí todo acerca de ese cóndor al regresar del no-tiempo y el espacio ilimitado; cuando todo se aquieta y, en un instante soñado o vivido, uno está-no está-y vuelve a estar.

Comprendí el afán de posesión y los temores que violentaban a los hombres de entonces; supe de su furia engeguedada tiñendo de rojo oscuro al mundo con su destrucción. Pude palpar el supe también de su incesante búsqueda del sol, aquel que sus

desamparo, la desesperanza y el fracaso de aquellos humanos; ancestros tanto habían alabado, ese amado ser que alentaba a la vida con su calidez esperanzadora.

Supe de las altas montañas y esos picos nevados de la larga serpiente de occidente; esa cordillera que atravesaba todo un continente del planeta Tierra. Tuve certeza de que el cóndor recorrió enormes distancias, en tiempo y espacio, para llegar aquí. Y en medio del sonido del vuelo rasante del cóndor, escuché el mensaje del Señor del Sí, trayendo la luz.

Anónimo, hallado en un refugio andino, aproximadamente de mediados del siglo XXI

1.300.000 a.c.

En medio de la tormenta que arreciaba corrió velozmente a cobijarse bajo la saliente de una roca. Se agazapó ágilmente. Distinguía con gran precisión los diferentes aromas que despiertan con la lluvia. El hambre, la sed, el agotamiento, también arreciaban dentro de ella.

Un poco más allá, un compañero también había buscado refugio y permanecía en quietud, observando la tempestad.

Apenas si se reconocían mutuamente; sin embargo, por primera vez en sus ojos se insinuaba ya la misma chispa del futuro abierto.

Un rayo cae furiosamente en el bosque cercano encendiendo algunos árboles e iluminando la noche cerrada. Ambos pueden percibir el miedo del otro, éste tiene un olor particular. Momentos semejantes ya habían ocurrido anteriormente pero por primera vez y luego de un largo tiempo, ella se pone de pie encaminándose hacia esa luz que brilla allí adelante. Él decide hacer lo mismo. La curiosidad es más fuerte que cualquier temor.

El fuego aún es intenso, así es que permanecen a una cierta distancia de él. Sus cuerpos se van relajando gracias al calor que les llega y experimentan una sensación muy placentera. A medida que el incendio se va apagando, ellos avanzan hacia el fuego que poco a poco disminuye.

Amanece cuando él va hasta uno de los árboles que aún danzan con el fuego y trata de tomar con sus manos un leño encendido. Un grito surge de su garganta al tocarlo mientras se aleja sintiendo un intenso dolor, temeroso frente al poder de ese elemento.

Ella continúa observando en silencio todo. Poco a poco va acercándose a la fuente de calor, tanto como para mantener su cuerpo cálido. Cuando llega al lado del fuego, estira su brazo lentamente. Va reconociendo que hay un límite, si lo traspasa, surge el dolor. Durante horas realiza la misma operación: estira su brazo y lo retrae; lo extiende y lo contrae una y otra vez, hasta darse cuenta de que allí donde no hay llama, puede acercarse más su mano casi hasta tocar los leños.

Se suceden miles de días y de noches, con nacimientos y muertes.

Nuevamente el rayo y el fuego intenso en un bosque cercano; finalmente, la mano que logra tomar en el momento justo un leño sin quemarse. Entonces hubo quien pensó en transportarlo, en principio a corta distancia, dejando que se quedara escondido en las brasas, adormecido, hasta renacer con el viento, la brisa o el soplo. Surge así el tiempo del hoyo en la tierra con piedras para proteger y cercar a ese ser apenas conocido, inquieto, móvil: poderoso por lo devastador que podía ser pero también por lo que brindaba si se lo convertía en un aliado.

Luego de un largo tiempo, otro leño encendido y los incontables intentos para protegerlo y mantenerlo, hasta arribar al cuenco de barro y finalmente, el cuenco endurecido al calor de su habitante,

logrando cobijarlo para que no se apague en la larga travesía. Hubo después que alimentarlo, acrecentarlo y multiplicarlo. Y siempre el soplo de vida que lo avivaba haciendo resurgir la llama de entre las cenizas. Insinuante danza de aparente muerte y renacimiento.

Allí, cuando aquel homínido avanzó por sobre su instinto de conservación y desafió al fuego por primera vez, surgió una nueva especie en la historia ¿Qué te ha movido entonces y desde entonces, humano?

Norma B. Coronel

La máscara de aquel pequeño hombre gris

Al principio miraba con gran interés a aquel pequeño hombre. Creo que lo que más me llamaba la atención era la habilidad que tenía para mantener la máscara sobre su rostro sin que se le cayera. No obstante, ésta no poseía ningún tipo de sujetador.

Me pasaba horas observándolo cada vez que visitaba mi hogar. En esa época yo tenía apenas diez años y su destreza me resultaba fascinante. Yo lo llamaba el señor robot porque me recordaba a uno de ellos que había visto alguna vez en la T.V. Hablaba poco y cuando lo hacía no se le movía ningún músculo de la cara; o así lo recuerdo. A veces, al escuchar una broma, la comisura de sus labios se extendía dejando entrever unos dientes más bien pequeños. Sus ojos, de igual tamaño, miraban fijo, como vacíos de expresión, al interlocutor de turno.

Luego dejó de venir a casa durante varios años, no sé cuál habrá sido el motivo de ello, y volví a verlo justamente el día en que cumplí dieciocho años.

Ya no me resultaba divertido observarlo, más que nada porque al hacerlo comenzaba a sentir un cierto malestar. Su máscara era la misma, como si los años no hubieran pasado, pero ahora me daba cuenta de ciertos aspectos que antes no había notado. La máscara mostraba de modo casi imperceptible su arrogancia; su preocupación por lo que otras personas de importancia para él pudieran pensar sobre lo que hacía y decía; el impulso por ganar a toda costa y un cierto maltrato hacia los demás, contenidos, que

de tanto en tanto afloraban y que su máscara no podía ocultar totalmente aunque se mantuviera inalterable, perfectamente adherida a su rostro. Menos aún me gustaba el hecho de que los comentarios que cada tanto emitía eran, en general, afirmaciones contrarias a lo que decían sus amigos.

No obstante mi rechazo hacia él, toda vez que lo encontraba, no podía alejar los ojos de su máscara, era como un imán. Creo que esperaba que en algún momento se le cayera y apareciera crudamente lo que estaba debajo de ella. Esa era una incógnita a develar. Me preguntaba, por otro lado, si los demás veían lo mismo que yo y experimentaban un rechazo similar. Esto continuó por algunos años hasta que un día cualquiera perdí completamente el interés en pequeño hombre gris y su máscara.

Una película que anoche vimos en el cine con algunos amigos me hizo recordarlo. El argumento era muy simple: un hombre ya entrado en años viviendo en un pueblito de las afueras de Londres donde todos se conocían desde siempre y donde poco y nada de diverso sucedía.

Indefectiblemente todos los viernes iba al pub donde se encontraban los vecinos para volver a compartir las historias archiconocidas. Él permanecía en silencio, guardando una distancia infranqueable. Era obvio que los demás no lo apreciaban: parco en sus expresiones, hermético en sus actos y motivos. Viajaba cada tanto a la gran ciudad sin que nadie supiera para qué. Recibía en su casa las visitas esporádicas de algunas mujeres de los

alrededores, pero la mayor parte del tiempo estaba solo. Era un interrogante que no auguraba nada bueno.

De algún modo, este personaje trajo el recuerdo del señor robot. Por primera vez me pregunté si hoy no tenía yo también una máscara similar a esa que solía observar en él en aquel entonces. Me encontraba rodeada de gente y ante ellos sacaba a relucir mi máscara. No era la misma de aquel hombre pero tenía el mismo sabor de amargura, de decepción, de encerramiento y también mi arrogancia. La máscara cubría bien mi cara pero al mirarme en el espejo detenidamente, yo misma observaba cómo se insinuaban en ella esos sentimientos, esos pensamientos.

Al regresar a casa, decidí sentarme en el patio a reflexionar sobre este descubrimiento. Intuía que algo diferente estaba asomando.

Los pensamientos se desplazaban unos a otros: de pronto recordaba mi niñez, el modo en que me educaron mis padres, las relaciones familiares y en fin, todo lo que aún hoy influenciaba mis gustos y decisiones; pasaba a imaginarme el futuro de mis hijos; regresaba y veía mis situaciones actuales en el trabajo, con mi familia y amigos. Mi vida se estaba deslizando por una cornisa peligrosa y no podía encontrar la salida. Un tinte de angustia se expandía en mi corazón.

¿Cómo es que de una encerrona oscura donde el alma toda pareciera aniquilarse, el camino logra despejarse súbitamente?
¿Cuál es la tecla, cuál la nota que se ha tocado para que ello suceda?

Hay algo que no podemos ver con el ojo cotidiano y sin embargo, es lo que nos permite levantarnos luego de cada caída; es lo que nos inspira e impulsa siempre hacia adelante.

Tan solo recuerdo que en ese momento de sufrimiento en que sentía el fracaso hasta en mi piel levanté la vista al cielo buscando una señal y encontré a la luna en todo su esplendor, plena, magnífica. Las estrellas acompañaban en la lejanía, parcialmente ocultas por la fantástica luz, algunas danzando en el trasfondo. Algo diferente sucedió aquí en ese preciso instante. Esa luz blanca y pura bajó hacia mí hasta bañar todo mi cuerpo amablemente mientras una suave y profunda alegría surgía en mí corazón. Sentí amor por todo lo existente y una ligazón profunda con cada ser humano, con cada animal, cada planta, cada objeto.

Supe entonces sin la menor duda que la vida es igual para todos, que siempre avanza; sin embargo, uno transita por ella en un camino ascendente o por aquel que va en bajada y esto indudablemente depende de lo que uno haga.

Aprendí que ésa es la certeza y la esperanza que quisiera recordar en mis momentos de pena y zozobra.

La vida se transforma infinitamente y la senda se abre si se encuentra el sentido que la ilumine.

Allí en el oriente

Las palmeras se agitan con la brisa cálida y agradable, llegada del mar. La temperatura ha bajado a menos de 30°. Me encuentro en la bahía de esta isla tropical del oriente lejano, mirando el atardecer. No hay nada que me guste tanto como estar aquí, en este lugar, a esta hora. Hay belleza en este paisaje que inspira en la cotidianeidad.

La gente ha salido a caminar por la rambla y se pueden ver familias completas disfrutando el momento, como es costumbre durante los fines de semana. Vendedores ambulantes ofrecen productos de todo tipo. Algunos niños se sueltan de las manos de sus padres y corretean hasta llegar a la heladería: un pequeño carro metálico a modo de freezer que mantiene a los helados congelados. Los mayores, en cambio, prefieren comer un balut, huevo hervido de pato conteniendo el feto ¡Masarap! ¡Muy sabrosos! - alcanzo a escuchar que dicen en tagalog, su lengua nativa. Varios jóvenes pasan conversando animadamente en el modo tan particular de este pueblo donde amalgaman su idioma con el inglés y el español. Cerca de mí, la pareja joven se recuesta sobre la baranda que manifiestamente impide avanzar hacia el mar. La chica que acompaña a la anciana coloca una manta en el piso para que ésta pueda sentarse a descansar.

Hacía ya varios meses que no venía a deleitarme en este no hacer nada, sino solamente mirar el paisaje desplegado ante mí.

Sentada a escasos metros del mar, todos mis sentidos se regocijan de lo que perciben. La fragancia de la ilang ilang; el sonido de voces humanas y el murmullo de las suaves olas del mar, el jugo de kalamansí que estoy saboreando, la brisa que siento en mi piel y esos colores tan brillantes que observo en la vestimenta de la gente que contrastan con el trasfondo del verde-azul claro del mar.

Mis sensaciones y pensamientos se van aquietando. Simplemente me entrego al momento. Allí en el horizonte donde curva la Tierra, el mar pareciera terminar o caer hacia abajo tal cual sucede en las cataratas. El sol, una esfera naranja rojiza gigantesca, casi llegando al rojo sangre, está por comenzar a ocultarse. Miro fascinada a estos dos elementos de la naturaleza: uno de apariencia sólida, destellante e inmutable, colgado en los cielos mientras este planeta gira danzando a su alrededor; el otro, en movimiento constante, inquieto, fluyendo.

El sol se zambulle en las aguas calmas del mar, y aunque sé que no es así lo que sucede, mis ojos muestran esa ilusión y lo creo. Nada importa, en verdad, frente a tanta belleza. Mientras miro extasiada el ocaso que está llegando a su fin, en ese momento apenas captado en que el tiempo se detiene y se hace eterno, comprendo lo esencial en un raptó; todo y todas las cosas cobran sentido. En este preciso instante del no transcurrir, despierto renacida.

Rejas

“Ya falta poco. El tiempo se estira como un elástico inconmensurable, como si el reloj hubiese dejado de funcionar normalmente y cada segundo fuera un minuto, o diez”.

Este domingo era particularmente soleado y la temperatura agradable, con una ligera brisa acariciadora. Apenas me desperté, vi la hermosa mañana y decidí preparar mi desayuno favorito, café con leche y medialunas, sentándome a disfrutarlo en el pequeño patio de la casa mientras leía el diario. Por supuesto que ya casi nadie lee el diario impreso, ni siquiera yo. Me había habituado a enterarme de los acontecimientos del día a través de la T.V. o bien leyendo uno de los periódicos digitales, salvo los domingos cuando retornaba al hábito de mi adolescencia.

Ahora mismo me encontraba leyendo una noticia impactante. Se trataba del relato acerca de una situación acontecida hacía varios meses a una persona común como cualquier vecino, como yo misma.

Retomé la lectura. *“Desde aquel día, el tiempo pareciera no avanzar, mi vida se ha detenido y no logro ver el camino de salida. En realidad, no me he atrevido a mirar hacia adelante porque sé lo que me espera; tampoco he querido mirar hacia atrás. Así, hasta ayer, me encontraba atrapado en esa situación no querida y que, sin embargo, produje con mis propias manos.*

Creo que escribir esta historia puede serle útil a otros; a mí, pareciera aliviarme. Quisiera decirles que la vida de otro ser humano y la propia es un regalo que hay que atesorar y cuidar. Ni una traición, ni el amor propio herido, ni ninguna causa, ni nada, justifican ningún tipo de violencia que atente contra ella.

¿Cómo ocurrió, por qué sucedió? Estas son las preguntas que me he hecho una y mil veces en estos meses sin que llegue respuesta alguna que satisfaga mi ansiosa búsqueda. Antes justificaba lo que había pasado diciéndome que la culpa era suya, que, después de todo, lo que ella me había hecho desató la hecatombe y así siguiendo, pero al fin de cuentas nada de eso me tranquilizaba. En el fondo sabía que me estaba mintiendo.

Quizás la desesperación por salir de esta encerrona enloquecedora o tal vez la genuina necesidad de comprender lo acontecido, ha sido lo que me permitió afrontar la situación que desató con mis acciones y así comencé a desenredar la madeja poco a poco.

Siempre fui una persona más bien tranquila, ciertas cosas me indignaban, otras me desmoralizaban, otras aún me producían enojo. Igual que a usted o a su vecino. Nada fuera de este mundo pero aquel 11 de enero – recuerdo esa noche como si fuera ayer – enloquecí.

Normalmente, una vez al mes debía viajar al interior del país durante cuatro días por razones laborales. Como de profesión soy contador, la empresa donde trabajaba me enviaba a una u otra de

sus sucursales, ya sea a la provincia de Córdoba o a la de Santa Fe. Esta vez habíamos completado el trabajo en la mitad de tiempo, así es que regresé a casa antes de lo esperado.

Al intentar abrir la puerta del departamento noté que estaba entreabierta. Esto me puso en alerta. Por supuesto, nunca la dejábamos sin llave debido a los robos que estaban sucediendo en los edificios del vecindario. Lo primero que pensé fue precisamente en un robo. Mi corazón se aceleró. Retiré el celular del bolsillo y marqué 91, dejando el uno siguiente en suspenso. Había decidido entrar a la casa para cerciorarme de lo que había ocurrido antes de completar mi llamado a la policía. El silencio parecía reinar en mi casa. Los niños, por suerte, estaban en casa de mis suegros, de vacaciones; mi mujer probablemente estaría en casa de su amiga Lulú, adonde iba a jugar al bridge cuando yo estaba de viaje. Me acerqué sigilosamente hasta la puerta de uno de los dormitorios justo en el momento en que se asoma mi mujer en ropa interior acompañada de un tipo, ambos sonrientes. Me quedé atónito, sin saber qué decir ni qué hacer. Ella comenzó a balbucear unas palabras que justificaran lo que estaba viendo, pero las palabras estaban de más. Sentía que mis pensamientos comenzaban a precipitarse en mi cabeza mientras una rabia sórdida aumentaba en mi interior. La traición, casi pegada en mi cara, cubría mi visión encegueciéndome. Sentí mi ingenuidad y mi amor propio herido. Una furia incontrolable se apoderó de mí y la golpeé con tal fuerza que trastabilló hacia atrás, cayendo.

Escuché el golpe seco de su cabeza al chocar contra el piso. Supe antes de agacharme desesperado que estaba muerta.”

Norma B. Coronel

Alguien llama

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

Claramente escucho que están llamando a mi puerta. Miro el reloj que marca más de medianoche. Está lloviendo intensamente

-¿A esta hora? ¿Con esta lluvia? ¿Quién será? -, me pregunto. Me dirijo hacia la puerta un poco inquieta. En general cuando alguien va a una casa a esas horas de la noche no es para dar una buena noticia y menos aún en tales condiciones climáticas. Pienso en mi hermano que hace tiempo está enfermo.

Antes de abrir la puerta acerco un ojo a la mirilla, esa especie de ventana diminuta ubicada en el centro y un poco más arriba de la mitad de la puerta, para ver quién había llegado a semejante hora. No alcanzo a distinguir a nadie. Dudo un instante antes de abrirla, por las dudas dejo la cadena del cerrojo enganchada como para que nadie pueda entrar tan fácilmente. Giro el picaporte y apenas entrebro la puerta. Menos mal que la luz de la entrada está encendida y es bastante potente, igualmente no veo a nadie. En la casa todos están durmiendo. Aunque intrigada decido no salir y vuelvo al escritorio para enviar el correo electrónico que le estaba escribiendo a mi amiga.

Queda poca leña en el hogar de la chimenea. Las brasas iluminan la habitación cálidamente. Coloco varios troncos nuevos para avivarlo. Me quedo mirando unos minutos. El fuego tiene un atractivo especial .

¡Toc!¡Toc!¡Toc!

Nuevamente el sonido de golpes en la puerta.

- Pero, ¿por qué no usan el timbre en lugar de golpear la puerta? – pienso.– Está funcionando perfectamente.

¡Toc!¡Toc!¡ insiste quien quiera que sea que se encuentra afuera.

Esto ya me resulta más que inquietante pero no quiero despertar a nadie. Otra vez me dirijo hacia la puerta, apoyo la oreja sobre ella tratando de escuchar una respiración, un sonido, algo y digo en voz alta y firme intentando ocultar el susto - ¿Quién es? -.

Me parece escuchar un murmullo pero no entiendo palabra alguna. Repito la misma pregunta y esta vez creo escuchar un nombre pero no estoy segura -¿Qué quiere? ¿Ha sucedido algo?-. Silencio. Tan solo se oye el rumor de fondo que hacen la lluvia y el viento. Espero con cierto temor que algo suceda del otro lado de la puerta. Repentinamente, un relámpago ilumina la casa en penumbras. Permanezco inmóvil y en alerta por un tiempo, para mí, eterno. De pronto se enciende la luz de la cocina ¡Alguien entró por la parte de atrás! ¡Ladrones!, fue lo primero que pensé. Sin hacer ruido me dirijo velozmente a la habitación donde está durmiendo Aníbal... ¡no hay nadie! Me pregunto qué le puede haber pasado que no está y miles de imágenes cruzan por mi cabeza, una peor que otra. El pánico comienza a surgir y no puedo emitir sonido alguno.

- Qué pasa - escucho que me dice desde la cocina. – Salí a comprar cigarrillos. No encontraba mis llaves. Ya es hora de que te acuestes, ¿no te parece?-.

Dos soles

En unas horas varios miembros de mi familia arribarán al aeroespacio y tendré que estar presencialmente allí cuando eso ocurra. Mientras tanto, veo acercarse a la nave que los trae desde ese sistema planetario más cercano, donde todos nosotros hemos nacido. El traspbordador pareciera estar detenido en un punto, suspendido como un pájaro aleteando para mantenerse allí. Sin embargo, se va acercando a velocidades increíbles.

Desde esta esfera transparente que me envuelve, miro al espacio sideral. La esfera flota a unos pocos centímetros del suelo, detenida allí porque así lo deseo. Ella me protege y transporta. De tanto en tanto, el viento cálido de este árido lugar levanta la fina arenilla que cubre totalmente a Ion, una de las lunas del planeta en que habito momentáneamente.

Me cuesta apartar la mirada del espacio abierto, oscuro y profundo poblado de luminarias. Mucho más allá de esas estrellas que alcanzo a percibir, se destacan los dos grandes soles que nutren la vida de esta diminuta parcela del universo. Uno está muy cerca del otro, casi tocándose, de acuerdo al punto de mira, se ven como si fueran uno solo. Ambos tienen edades diferentes, coexistiendo en un tiempo indefinido. Cuando uno se extinga definitivamente el otro cobrará mayor potencia.

Soles como faros en medio de la inmensidad, insinuando un enigma y un destino.

Desde hace mucho tiempo me pregunto por la finitud humana, por la mía propia, por el sentido de la existencia ¿Es que nací para morir?

Hoy es un día especial para mí, ya que he alcanzado los 40 años. Por eso, a pesar de los inconvenientes que he tenido que sortear para llegar hasta este lugar inhóspito a meditar, lo elegí porque era aquí donde mi padre me traía de niña. Justamente desde aquí, por primera vez miré extasiada al espacio infinito que se abría ante mí.

Esta vez, voy a lanzar la pregunta que me hago con frecuencia, dejando entonces que mis pensamientos fluyan hasta aquietarse, que la inspiración llegue en medio de este lugar semidesértico. La respuesta, si arriba, será un regalo largamente esperado. Tantas veces he intentado y tantas veces he fracasado, pero nada me hará desistir. Intuyo que tengo que hacer algo diferente y cierro los ojos.

Los pensamientos se van deslizando en mi conciencia, entremezclándose; uno derivando en otro, incesantemente. Poco a poco van aminorando su marcha y una calma inusitada se extiende adentro mío.

Sin ningún aviso previo, reconozco la vejez que va cubriendo con su manto mi cuerpo a medida que avanzo. Mi muerte está allí adelante en el camino. El final de los finales.
¿Será así, indefectiblemente?

Me he rebelado contra lo establecido que coarta mi libertad: cielo o infierno como algo seguro cuando mi cuerpo cese en sus funciones; espíritus que todo lo controlan; robots que determinan el mañana y sobre todo, la idea que aún persiste del paraíso como premio después de la muerte.

También ahora una suerte de rebeldía me empuja a cuestionar lo que es evidente a mis sentidos y mirando al cielo, grito desgarradoramente.

- ¿Por qué me dicen que todo termina con la muerte?-.
- ¿Por qué tengo que aceptarla como mi destino final? -.

En la lejanía, la paradoja de los dos soles en medio de la noche y su calor apenas perceptible dentro de esta burbuja que me cobija.

Cierro nuevamente los ojos.

Pero, ¿dónde estoy?

Inesperadamente y de manera suave, veo – o siento - que los límites de la esfera que me contiene van desapareciendo. Ya no más aquí y allá, adentro y afuera; de pronto, sin yo ser, soy esencia, en un tiempo eterno y espacio ilimitado; como todo lo existente.

Esa melodía extraordinaria impregnando el silencio me conmueve ¿de dónde viene y cómo es que uno de esos dos magníficos soles sólo habita en mí?

Norma B. Coronel

La sombra

Así, súbitamente como sucede cuando el sol se oculta totalmente detrás de las montañas y llega la noche, desapareció mi sombra.

El día era uno de esos diáfanos y tórridos de verano en que el astro arrecia con su intensidad casi quemando la piel.

Me encontraba caminando en medio del campo. En realidad, el lugar no estaba muy lejos de la ciudad pero los porteños solemos llamar campo a todo lugar en que las casas están espaciadas unas de otras, con grandes terrenos baldíos entre sí y alguna que otra pequeña chacra. Existen numerosos paisajes de este tipo en los alrededores de todo pueblito ubicado a pocos kilómetros del gran Buenos Aires.

Ayer a la mañana habíamos llegado de visita a la casa de unos parientes que desde hacía ya un buen tiempo habían decidido comprar un tambo y mudarse allí; un poco para escapar del bullicio y la locura de la gran ciudad, otro poco intentando abocarse a un emprendimiento que les permitiera vivir sin sobresaltos económicos.

Siempre me resultaba agradable visitarlos. El lugar era semejante a la diminuta granja que solía tener el amigo de mi padre donde me llevaba de niña cualquier fin de semana del año. Allí podía ir a zambullirme en el arroyo con los chicos del lugar, explorar esa pampa de horizonte lejano como el del mar, comprar leche en un

tambo, nadar en tanques australianos de los molinos de viento, subirme a las parvas de heno y rodar desde la cima “altísima”, según mis ojos de aquel momento. Creo que fue entonces que por primera vez experimenté esa sensación de libertad, sin restricciones de ningún tipo. Así es que visitar un pequeño pueblo constituía un regalo que me hacía a mí misma toda vez que podía.

Decidí salir temprano a la mañana hacia el pueblo para comprar algunos alimentos que faltaban en la casa. Quería regresar antes del mediodía para evitar el sol de esa hora, ya que pega fuerte, como dicen por acá. Sin embargo, me entretuve recorriendo el pueblito y ahora eran casi las doce en punto.

Caminaba de regreso por los senderos de tierra observando el paisaje, las tonalidades de verdes de los árboles, el amarillo brillante de los girasoles. De pronto me parece que algo extraño está sucediendo. No logro percatarme de qué se trata. Sigo avanzando pero la sensación de que algo fuera de lo habitual está ocurriendo crece. Me detengo unos minutos, miro el camino a mis pies pensativamente y entonces veo la ausencia de mi sombra.

-Pero, - me digo asombrada - ¿qué pasó con mi sombra? Lo primero que pienso es que como la luz solar está frente a mí, la sombra deber estar detrás, así que doy vuelta mi cabeza mirando hacia atrás pero no veo sombra alguna.

- ¿Qué está pasando? ¿Cómo es que ni siquiera tengo una línea de sombra? ¿¡Por qué mi cuerpo no hace sombra!?! – me digo ya más intrigada que inquieta.

Avanzo unos pasos y nada, todo sigue igual. Corro un poco para

ver si ocurre algo diferente; nuevamente, nada. Mi sombra no aparece. Se me cruza la idea de un secuestro y esto me resulta muy gracioso. Imagino velozmente los titulares en los periódicos “a pleno día, una sombra fue secuestrada mientras su dueña estaba distraída. Se sospecha de unos gansos de la zona, que como bien se sabe”.

Pienso que si cambio de dirección, doblando hacia la derecha o la izquierda, puede que esta increíble situación se normalice. Es tan insólito lo que está ocurriendo que no puedo pensar como lo hago comúnmente. De todos modos, doblo a la derecha mientras todo sigue igual. Alcanzo a ver una silueta más adelante en el camino. Parece una persona sentada al pie de un árbol con un perrito acompañándola. Con asombro casi hasta el desmayo observo al acercarme que esa silueta es en realidad mi sombra. Me refriego los ojos una y otra vez. No puedo creer lo que veo pero indudablemente allí está ella y viene corriendo hacia mí “pegándose” a mi cuerpo nuevamente, acompañándome como siempre.

Es muy curioso lo que empieza a ocurrir apenas retomo mi andar porque mi sombra vuelve a independizarse de mi cuerpo y cambia de lugar colocándose adelante de mí, al instante a mi lado y así siguiendo; ora de este lado, ora del otro. En verdad, he dejado de preguntarme qué está pasando y, tal cual lo hacía de niña, me suelto y con la misma entrega, entro en este juego que propone mi sombra. Comienzo a divertirme enormemente y ahora soy yo quien trata de atraparla con un pie o con la mano cuando se sube a un árbol. Avanzamos así un largo trecho, el perrito se ha sumado

al juego y saltarín me ayuda en este intento de volver a tener una sombra como dios manda.

Veo que estamos pasando frente al tambo de don José quien se encuentra parado cerca del molino y por in instante me siento tonta. Esto de jugar con la sombra de uno es, como mínimo, ridículo. Pienso que estará viendo lo que hago y pensará que estoy loca.

-¡Bah! Da igual lo que piensen los demás - me digo sonriendo para mis adentros – y además, qué se yo lo que estará pensando ese señor. Así es que esa sensación se dispersa pronto. La alegría que siento ahora no afloraba en mí desde hacía mucho tiempo ¡Qué buena esta nueva relación entre mi sombra y yo!

Continuamos nuestro andar del mismo modo, ligera y alegremente los tres, regocijándonos en este simple e inusual juego. Siento agradecimiento por esa compañera que había conocido en mi infancia cuando por primera vez la descubrí. Con el pasar de los años la había abandonado, distrayéndome con otros acontecimientos de mi vida.

Nunca más miraré a mi amiga como antes.
Llego a la chacra con una sonrisa que abarca todo mi rostro

La dama del río

Faltaba poco para que amaneciera. Sentada a orillas del largo río Amarillo, la niña miraba atentamente el horizonte ¿Qué buscaba, qué esperaba encontrar?

Yo estaba recostada sobre la baranda del muelle sosteniendo la caña de pescar con un extremo de la tanza sumergida en el agua gracias al peso de la plomada. Es decir, estaba pescando, aunque esto, en rigor, podía o no suceder. Me encontraba entonces intentando pescar un pez de cualquier tamaño que pudiera luego exhibir orgullosamente ante mis amigos con quienes compartía aquella madrugada. Ellos también persistían con tenacidad, como si ese pasatiempo fuera una excusa para otra cosa que quizás existiera sólo en el interior de cada uno.

Una vez al mes, como mínimo, nos encontrábamos para esta salida nocturna que indefectiblemente organizaba la mamá de Wai Ling, una amiga de mi infancia y temprana adolescencia. Ella nunca se olvidaba de preparar wan-tan y de llevar uno que otro cha shiu pao, al igual que su caña de pescar, pues era fanática de ese deporte. Creo que yo siempre me sumaba a esta salida porque me atraía la noche, cuando los ruidos y el incesante movimiento del diario vivir se van aquietando hasta casi permitir escuchar el silencio. Me regocijaba en esa especie de soledad, de tenue oscuridad, cuando las estrellas brillaban en lo alto; abajo, la luz de la luna reflejada sobre las aguas del río. Esos eran los

momentos que más disfrutaba; esos que facilitaban mi reflexión sobre aspectos de la vida y de la propia existencia. Con frecuencia conversaba sobre estas cosas con un amigo que era de la partida.

Sin embargo, esta noche estaba intrigada por la niña que solitaria e inmutable permanecía sentada mirando el horizonte.

A medida que pasaban las horas mi curiosidad iba en aumento. Ella continuaba allí y en la misma posición, con su caña en la mano y la tanza lanzada al río. No podía tener más de siete u ocho años – ¿cómo es que estaba allí sola a esas horas? – me preguntaba.

Decidí acercarme caminando lentamente y cuando estuve a su lado, como quien no quiere la cosa, la saludo y le pregunto si había pescado algo.

– ¿Pican? – dije.

Ella levantó entonces su cabeza y sonriendo me respondió – No, pero no me importa – y tornó su mirada al punto más alejado del río, allí hacia delante.

- Ah, bueno, dije - ¿y qué es lo que estás mirando con tanto interés en medio de la oscuridad, si se puede saber?

- No miro nada, sólo quiero escuchar el canto de la señora del río. Es tan lindo su canto que despierta a los que se durmieron para siempre. Me lo contó mi papá, que sabe mucho.

Me quedé muda, asombrada por su respuesta ¿de qué me estaba hablando esta niñita?

- Mi mamá se durmió el otro día y no volvió a despertar. La extraño mucho, quiero decirle que la quiero con todo el alma y que siempre voy a tratar de escuchar el canto de la dama del río así podremos hablar. Por eso vengo todas las noches; a lo mejor hoy lo escucho -.

Se me estrujó el corazón de golpe y quise cobijar en mis brazos a esa pequeña desconocida a quien su padre le había regalado esa leyenda hermosa para que su sufrimiento se aliviara. Ella volvía esperanzada cada noche, sin importarles el aparente fracaso.

Me senté muy cerca de ella, acompañándola en silencio.
¿Cuándo sucedió y cómo?

Aún no lo sé pero en un momento escuché claramente una suave y lejana melodía que nos envolvía y la voz alegre de la niña dialogando con su madre.

----- *Norma B. Coronel* -----

Las historias sobre El Señor del Sí

Norma B. Coronel

Al sudoeste del planeta

Esta es la historia de Estelita, una chica que vivía en un tranquilo pueblo de la provincia de Buenos Aires y un día decidió irse a tierras lejanas. Ni siquiera sus amigos más íntimos supieron por qué lo hizo. Quizás influyó en su decisión la violencia desatada durante su temprana juventud, en este país austral.

El país de Estelita es conocido por sus dos pasiones: el fútbol y la política. Para algunos, son casi sagradas. Se puede decir de ellos que son los deportes nacionales más difundidos. La mayoría, en realidad, opina solamente tanto de del fútbol como de la política.

Ambos son temas de conversación y muchas veces de discusión durante comidas familiares, en cualquier encuentro con amigos, en el trabajo y hasta en los supermercados barriales donde los vecinos suelen encontrarse e intercambiar alguna que otra palabra acerca de los famosos temas.

Yo misma que de fútbol entiendo poco y nada, soy simpatizante de dos clubes. Uno es aquel situado en el barrio de mi infancia, cuando mis hermanos y amigos iban a la cancha religiosamente. El otro es el que elegí ya de adolescente influenciada también por mis hermanos.

Algo más entiendo de política pero no me considero experta. Esto no impide que opine sobre la situación del país, sobre nuevas medidas tomadas por el gobierno y así siguiendo.

Cuando Estelita era muy joven, incursionó en grupos políticos juveniles, tanto de una tendencia como de otra similar. Finalmente, encontró aquella que coincidía plenamente con sus ideales, sus aspiraciones, sus utopías y en ella se “plantó”. Esto marcó un cambio notable en ella. Atrás habían quedado sus intentos tibios, sus dudas. Se dedicó con alma y vida a la causa que para ella, era la más noble porque apuntaba a la liberación total de un pueblo. Dicho en otras palabras, se estudiaba y trabajaba para el gran cambio, para una revolución triple no violenta. Es decir, una revolución social, psicológica y cultural a lograr sin utilizar la violencia como medio para conseguirlo. Esta tarea en sí misma le daba otro significado a su vida. Allí nos conocimos.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces. Sorpresivamente, me la encuentro a la salida del subte. La reconocí porque aún mantiene ciertos rasgos físicos característicos y su entusiasmo, esa energía vital distintiva en ella, no obstante el tiempo transcurrido.

-¡Estelita! ¡No lo puedo creer! ¿Cómo estás? ¿Cuándo regresaste? ¿O viniste solamente de visita? – le dije. Las palabras se empujaban unas a otras para salir velozmente de mi boca. Aún la sentía cercana, habíamos compartido alegrías y fracasos de todo tipo.

-¡Hoooooola! – dice - ¡Cuánto tiempo ha pasado, querida amiga! Nos quedamos un instante muy breve en ese abrazo del reencuentro. Nos bastaba con eso para transmitirnos el sentimiento que

nos une a través del tiempo y la distancia física en la que hemos vivido. Decidimos irnos a tomar un café, conversar y conversar, tratando de llenar los huecos de nuestras historias que la otra desconocía.

Ella pidió un expreso, como siempre; yo una lágrima, también como era habitual en mí. Faltaba el cigarrillo de por medio pero ambas habíamos dejado de fumar, un poco por decisión propia, otro poco porque ya casi no quedaban lugares públicos donde se pudiera hacerlo.

¡Cuántas anécdotas extraordinarias contaba!

Le dije sonriendo – querida amiga, estoy verde de envidia -. Ella lanzó su carcajada al viento.

-Me parece que no podés quejarte de tu vida -. Tu pareja y tu hijo superan todo lo que te he contado.

Es cierto, pensé para mis adentros, tengo la fortuna de que esos dos seres cercanos que me acompañan sean maravillosos. Aún con tensiones ocasionales entre nosotros, hemos construido algo bueno. Reconozco que con altibajos, mi vida avanza en la dirección querida.

Le cuento que ahora participo de reuniones que tienen que ver con una nueva espiritualidad.

-Por supuesto – agrego – están basadas en el mensaje que dejara el Señor del Sí.

-No podía ser de otro modo – me dice. – También yo, si bien me he alejado por varios años de una participación directa nunca dejé de lado totalmente lo poco y mucho que aprendí y sigo apoyando todo lo que él impulsara.

Finalmente, me dice: - Mirá, ha pasado el tiempo desde aquellos comienzos, sin embargo, la imagen de ese mundo mejor que diseñamos entonces en donde la justicia, la ciencia y la poesía van de la mano y esta especie al fin va despertando, es lo que aún me mueve, conmoviendo mi alma.

Mi corazón es de un naranja intenso – continuó diciendo. - El naranja cálido del sol. El naranja esperanza, el naranja de las utopías que se van concretando siempre en el distante mañana, ese naranja que alienta a la vida ¡Sí, querida amiga, mi corazón está teñido de naranja!- concluyó.

Sus palabras pronunciadas apasionadamente resonaron en mí, inspirándome.

Un naranja intenso también colmó mi corazón, el naranja más bello que jamás he visto.

Señales 2010

La noche está calurosa y húmeda. Ha llovido mucho en estos últimos días pero para nuestro alivio, los mosquitos aparecen solitariamente y no en esa suerte de enjambre, como suelen hacer por estas épocas del año en estos lugares.

El trabajo realizado a lo largo del día ha sido arduo y con un ritmo incesante. Sin embargo, hemos trabajado con un gusto enorme, entre bromas y mates compartidos.

Decido salir del salón donde me encuentro, siento necesidad de caminar por este singular parque. Me dirijo hacia un bosquecillo que se encuentra detrás de una construcción semiesférica. Luego de unos minutos, me detengo en medio de los frondosos árboles y arbustos. Permanezco allí quieta, disfrutando de los sonidos nocturnos; reflexionando.

Los tiempos que vivimos son inciertos y caóticos, sí. Se siente el peso de tanta violencia. Aún viendo las contradicciones sociales, ese monstruoso desequilibrio que hoy existe en cada lugar del planeta, me parece reconocer que lo que anida en el fondo del corazón de las personas es la desesperanza por creer que no hay una salida; y también es la angustia por no saber qué hacer con la propia vida, por no encontrar un sentido duradero. Y así deambulamos por ella de aquí para allá, corriendo detrás de

quimeras grises como zombis imbéciles, sin saber hacia dónde vamos y sin preguntarnos siquiera hacia dónde quisiéramos ir.

Estos “diálogos” conmigo misma en general terminan en una indignación y me dejan en una suerte de encerrona y fragilidad frente a los acontecimientos. Pero esta noche, a pesar de sentir el fracaso y sin poder explicarlo claramente, tengo la fuerte sensación, intuyo, que hay una salida a todo esto.

Una luciérnaga me sorprende gratamente con su intermitente luz. Durante unos instantes permanece cerca de mí, siempre inquieta, hasta alejarse luego en su vuelo aparentemente errático. Al prestar mayor atención alrededor, descubro una gran cantidad de destellos de luz aquí y allá; pequeñas luminarias en medio de esta oscuridad. Algo resuena en mi interior al verlas, memoria lejana que se hace presente.

Recuerdo la frase que hace tantos años dijera el Señor del Sí *“...hemos fracasado y seguiremos fracasando una y mil veces porque montamos en alas de un pájaro llamado Intento que vuela sobre las frustraciones, las debilidades y las pequeñeces.”*

El canto de la vida

Corría alegremente por la vereda de la cuadra de su casa. Todos los días, durante las tardes y desde que tuviera uso de razón, jugaba con sus amigos. Carmencita y Rolando eran sus amiguitos más cercanos. Con ellos también remontaba esos pequeños barriletes de colores que aunque apenas se elevaban un poco más altos que la altura que tenían ellos mismos, a sus ojos de niña parecían magníficos pájaros de brillantes colores surcando los cielos.

La adolescente se encontraba en el segundo año de la escuela secundaria. Ese día acababa de cumplirse lo que esperaba desde hacía un buen tiempo: Juan, un chico de su misma edad de quien se había enamorado, le había preguntado si quería salir con él. Su corazón latió a mil revoluciones por minuto y una enorme sonrisa se dibujo en su interior, sin mostrarse. Pero semanas más tardes, esa incipiente relación se hizo trizas cuando abruptamente él dejó de hablarle. Y es que ella lo había agredido desproporcionadamente por una tontería que ocurrió y que hirió su orgullo. Hoy podía sonreír frente al error que cometió en aquella etapa un poco confusa, como la de todo adolescente. Sin comprender muy bien porqué, sintió agradecimiento por esa experiencia lejana.

Así, la anciana iba saltando apaciblemente de un recuerdo a otro.

-¡Pero que linda mi hermanita!-, repetía hasta el cansancio Raulito tratando de quitar de los brazos de su hermana mayor a ese diminuto ser nacido semanas atrás. Nina, por supuesto, no quería que él la levantara -¡Se te va a caer!-, le decía enojada. Había días en que las discusiones parecían un campo de batalla verbal. Las historias que sus padres y hermanos le relataran tantas veces daban cuenta de sus primeros meses y años de vida: que había sido una beba muy esperada por toda la familia, la última y más pequeña de sus hermanos; que José y Raulito la levantaban en sus brazos haciéndola girar, como si volara y ella, nuevita en este mundo se regocijaba sonriendo de oreja a oreja mostrando el único diente que poseía, mientras Nina corría alrededor estirando sus brazos como para amortiguar una posible caída. Las anécdotas escuchadas se sucedían unas a otras; de cómo su madre siempre la cuidaba amorosamente ya desde sus primeros días, mientras que su padre le regalaba juguetes que él mismo hacía en la carpintería; los días en que apenas con dos añitos le alcanzaba las chinelas para que él descansara al volver del trabajo o cuando poniéndose en las manos un poco de limpiador en polvo para utensilios de cocina, masajeaba las piernas cansadas de su abuela.

Aquel día, la joven de unos veinte años, se encontraba en medio de una ingenua protesta por el aumento, a último momento, del valor de la entrada a un recital, y allí conoció a quien luego se convirtió en el amado compañero. Con él navegó todos los mares de este hermoso planeta, conoció todas las lenguas y gente de un sinfín de culturas. Con él dieron aliento a esa diminuta vida que se

fue transformando en un niño, un joven y finalmente un adulto magnífico que les dio el regalo de sus nietos.

-Ah, sí, tuve la enorme fortuna de haber conocido al Señor del Sí -, responde ante la pregunta que le hicieran Dani y Claudio pocos días atrás. Memoria le trae al presente distintos momentos en que se encontró con él, ese ser que le había mostrado el camino de la vida verdadera, de la conciencia lúcida libre de sufrimiento. - La frase que me quedó marcada a fuego es "*Quien muere antes de morir, no morirá jamás*" - le dice.

Una fragancia impregna el ambiente en el que se encuentra ahora. No logra determinar cuál es pero casi inmediatamente aparecen imágenes del naranjo y la planta de mandarina del patio de su casa de aquel entonces. Allí estaba ella junto a su pequeña amiga preparando un té con hojas de mandarina, azúcar y agua, mientras su abuela las miraba sonriente, fumando su pipa. La brisa mece suavemente las hojas de las plantas.

Al instante surge el momento aquel en que se opuso a que otros amigos continuaran burlándose de esa amiguita tartamuda; recuerda que se opuso porque por primera vez sintió en su corazoncito la tristeza de otro humano. Sin darse cuenta entonces, se había puesto en el lugar de aquella niña. Ese día no tenía idea de cuánto el hecho iba a influenciar toda su vida. Hasta hoy no había comprendido qué la llevó a actuar así, desinteresadamente, sólo pensando en alivianar el sufrimiento del otro. Se sintió agradecida como nunca antes.

¡El día estaba espléndido, la anciana había perdido noción de dónde se encontraba, enfrascada como estaba yendo de un pensamiento a otro sin aparente lógica. Cada tanto escuchaba murmullos lejanos pero no lograban interrumpir totalmente la reconfortante película privada que no respetaba los tiempos. ¡Pero qué buena ha sido mi vida!, se dice a sí misma, mientras siente una suave alegría por esos buenos recuerdos.

Algo había comenzado a brillar en lo alto intensamente pero no molestaba a sus ojos. Se iba sintiendo cada vez más liviana ¡Qué sensación tan placentera!, pensaba.

Alcanza a escuchar una lejana melodía ¡Tan bella es!

Se levanta de la cama, acercándose intrigada a esa fuente de luz y sonido. Una gran luminosidad y esa hermosa melodía llenan el espacio. Entonces ella, alza sus brazos desplegándolos como si fueran las alas multicolores de un pájaro, tal cual recordara a los brillantes barriletes de su infancia y así, imperceptiblemente, emprende su vuelo eterno plena de luz.

Okupa

-¡Esto no puede ser, ¿a vos te parece?! Nadie hace nada en este país, habría que ponerlos de patitas a la calle ya. Nosotros pensamos poner en venta el departamento.... ¡No podemos imaginarnos vivir con éstos al lado!

Cuqui estaba muy enojada por la situación en que nos habían puesto quienes tomaron esa casa hace un mes.

-Desde que están aquí, la farmacia y la panadería fueron asaltadas. No me cabe duda de que han sido ellos, ¿quiénes si no? -, continuaba mi amiga.

La comprendía muy bien, las propiedades se devaluarían como consecuencia de esta ocupación; por lo menos, las casas de esta cuadra. Eso había comenzado a preocuparme. También me inquietaba que esa gente viviera en nuestro barrio. No me sentía para nada segura.

-Yo presentía que alguien iba a tomar esa casa; hoy en día no se puede dejar una vacía por largo tiempo -, le digo. - Linda sorpresa se van a llevar los Olindes -.

El dueño, don Manolo, había muerto hacía más de dos años y ninguno de sus parientes parecía querer ocuparse del lugar.

-¿Sabés lo que pasa?, me dice Cuqui -, es que me contaron que la nuera de don Manolo, una jovencita, se fue de la casa con otro y al marido tuvieron que internarlo porque este asunto lo estresó y tuvo un surmenage ¡Se piantó un poco, bah! -.

Al escucharla, no puedo evitar una sonrisa. Mi amiga tiene predilección por este tipo de noticias.

- Te pareces a Susanita, la amiga de Mafalda - le digo- recordando un personaje de historieta.

- ¡Jajajajaja! Su risa se extiende a lo ancho y largo de la calle. Así es ella, expansiva en todo.

Vemos que el policía que está en la esquina, el que hace vigilancia para dos negocios, al darse cuenta de que uno de los “inquilinos” de la casa tomada se dirigía hacia allí, se le cruza en el camino para que se detenga. Le dice algo, seguramente que le muestre el documento de identidad, ya que el señor busca en sus bolsillos. Pareciera que está todo en orden porque el policía le permite continuar su camino.

Antes de alcanzar su puerta, el hombre se detiene junto a nosotras.

-Buenas tardes, quisiera presentarme. Me llamo Pedro Valenzuela, estoy aquí con mi mujer e hijos. Me encuentro ocupando esta casa porque con lo que me pagan por las changas no me alcanza para alquilar un lugar y además comer, - nos dice- no tengo otra.-

Lo escucho atentamente, mirándolo sin decir palabra alguna.

Cuqui, para mi asombro, enmudeció. Él continúa con el relato de su vida.

-Hace más de un año me quedé sin trabajo porque la empresa quebró. Busqué otro hasta debajo de las piedras, pero salvo uno que otro trabajito aquí y allá, no conseguí nada como para poder mantener a mi familia. Cuando nos desalojaron por no poder pagar el alquiler, no tuvimos más remedio que dividirnos - dice, bajando su mirada.

Los ojos se le habían humedecido al recordar aquella situación y a mí, se me estrujó el corazón.

-Mi mujer con el más chico se fue de un pariente; ellos son un pedazo de pan, siempre dispuestos a compartir lo poco que tienen. A la Maru, mi hija, que todavía está en la escuela secundaria, una compañera de curso y su madre la invitaron a quedarse un tiempo en su casa. Es buena gente. El más grande, el Esteban, trabaja de repositor en un supermercado y pudo alquilar una pieza que comparte con otro amigo, en un hotel. Por mi lado, anduve meses quedándome en casa de uno y otro amigo pero no es bueno abusar, ¿no?-

Comienza a crecer dentro de mí una suerte de indignación por la situación de desamparo en que se encuentra ¿Cómo es posible que esto le suceda a alguien? ¡Es injusto! ¡Totalmente injusto!

–Se imaginan que cuando me avisaron que aquí era posible conseguir un lugarcito para vivir, no lo dudé ni un minuto, y decidí ocupar la casa como pudiera con tal de reunir nuevamente a mi familia.-

A medida que avanza con su historia, algo me va sucediendo, es como si de pronto me hubiese imaginado que “estaba en sus zapatos” y podía casi sentir sus emociones. Sus palabras, me sacuden intensamente.

Pienso que nos han acostumbrado a desconfiar y a pensar que los okupas, como se llama aquí a los ocupantes que toman una casa vacía, son todos iguales; que se aprovechan de la gente que con esfuerzo ha logrado tener más de una casa, que son ladrones o que venden droga y para colmo de males, son casi todos de países vecinos. Otros extranjeros son bienvenidos, estos no.

¡Qué cosa! ¿Cómo llegamos a creernos a pie juntillas lo que dicen otros que repiten lo que se dice en los noticieros?; y pensar que yo también lo he hecho.

Veo su rostro sufriente y surge en mi pecho el intenso deseo de darle una mano.

Viene a mí el recuerdo de una frase que me ha parecido sabia y bondadosa. La vi en el cuadernito de frases que mi bisabuela había escrito. Ella comenzó a hacerlo una vez que su compañero de toda la vida, mi bisabuelo, le había dejado sus magníficos relatos sobre el Señor del Sí.

La frase se leía claramente y abajo, se encontraba una especie de firma, ya que solamente se alcanzaba a ver una borrosa S sin completar; como si el autor le hubiese pedido que la dejara así, suspendido en el aire.

“Trata a los demás como quieres que te traten” – se leía.

Norma B. Coronel

Luminarias en la niebla

Es noche cerrada; estoy saliendo del lugar en que se festejó el cumpleaños de dos de mis amigos, Mabel y Ariel, a quienes conozco desde mi infancia.

La neblina y el frío penetran mi cuerpo. Las luces amarillentas de la calle apenas si permiten ver una que otra silueta caminando. Pocas personas, abrigadas con ropa pesada y bufandas que cubren casi totalmente sus rostros, deambulan por allí a estas horas de la madrugada.

Me encuentro caminando cuesta arriba por esta calle oscura. -Menos mal que no estoy sola-, me digo. Andrés, Dante y María caminan a mi lado. Más allá de cinco metros se veía poco y nada, solamente objetos y figuras delineadas, como bosquejos de una pintura viviente. Repentinamente, por similitud de paisajes, me surge el recuerdo de un cuento que me había recomendado Adriana cuando yo estaba en un período nefasto y con poca esperanza de salir de él.

-Mira, te paso este libro del Señor del Sí y te sugiero que leas este cuento en particular. A mí me ha venido muy bien cuando estaba bastante deprimida, sin saber qué hacer para salir adelante con mi vida ¿te acuerdas? -, me dijo.

Eso había sido hace mucho tiempo pero recuerdo que el relato me resultó muy útil en aquel momento. El personaje principal, que estaba en un lugar parecido al que yo me encuentro ahora, sentía cierta aprensión e inquietud al transitar por una calle poco iluminada y solitaria. Bajo un farol, encuentra a una anciana parada allí quien le pregunta la hora; él mira su reloj y le responde, sin detenerse. Camina apresuradamente y en el farol siguiente ve con asombro que allí estaba la misma anciana haciéndole la misma pregunta. Él mira su reloj nuevamente pero la hora que éste muestra es anterior a la que indicaba antes. Así, a medida que avanza en su camino, la escena se repite una y otra vez y siempre la hora que señala su reloj es anterior a la que había mostrado previamente. Entonces, sintiéndose encerrado y sin poder avanzar, comienza a correr. Desesperado ve cómo a pesar de moverse hacia adelante, aparentemente avanzando, al llegar al farol siguiente el reloj le indica que en realidad no es así sino que retrocede.

Ese cuento me había resultado muy extraño pero lo relacioné con lo que me estaba sucediendo en aquel tiempo, una situación donde sentía que caminaba en círculo cerrado. Las conclusiones que saqué de lo leído me ayudaron a salir a flote. En esta madrugada no estoy releendo ese cuento sino que, en parte, ¡lo estoy viviendo!

El frío y el deseo de llegar pronto a nuestras casas hace que caminemos apresuradamente. Perdida en el cuento un instante,

no me percaté de que mis amigos se habían adelantado, enfrascados como estaban en una conversación, alejándose de mí. En voz alta, les digo que me esperen pero ellos parecen no escucharme. Trato de apurar el paso pero se me dificulta porque la calle es en subida. Al ver que apenas distingo sus cuerpos, les grito para que se detengan y me esperen pero ellos no oyen mis palabras. No veo a nadie alrededor y, en verdad, la iluminación es tan tenue que no podría ver mucho de todos modos. Encontrarme sola en este paisaje fantasmagórico comienza a inquietarme, camino lo más rápido que puedo con la esperanza de lograr alcanzarlos pero a medida que lo hago comienza a invadirme una suerte de temor; estoy asustada, sí. Llego a la esquina y la soledad pareciera ser total. Un foco en el cruce de calles ilumina las cuatro esquinas en medio de la niebla. Al mirar hacia la plaza que se encuentra en diagonal del lugar donde estoy parada, veo claramente a una persona toda vestida de negro sentada en uno de los bancos.

Aunque no alcanzo a ver su rostro por estar cubierto con el ala de un sombrero, también negro, digo en voz alta y con enorme alivio -¡Padre! Sin moverse en lo más mínimo, esa persona protectora lanza hacia mí una bola dorada que gira velozmente y en su recorrido hace volar del piso las hojas que el otoño ha regado en los caminos. Esa bola gira a toda velocidad mientras se va aproximando hasta que se introduce en mi pecho y yo comienzo a vibrar. Ahora es desde mí que sale ese viento potente que dispersa las hojas. Vibro con una fuerza inusitada, tan intensa que

pienso que voy a desaparecer convirtiéndome en una energía potente.

Entonces, me doy cuenta de que estoy soñando y comienzo a despertar, al tiempo que la luminosidad más extraordinaria se va expandiendo desde adentro mío. Miro alrededor de la habitación. Todo se percibe diferente, con volumen, con brillo. Me invade la certeza de que esta realidad cotidiana se asemeja a un cuento; la otra que recién he experimentado, como la verdadera.

Montañas del África

“Se trata de ir experimentando y construyendo el sentido en el silencio de nuestra búsqueda alegre, humilde y cuidadosa. Porque uno no debe depender de los demás, ni necesitarlos desesperadamente. Se trata de que uno se necesite a sí mismo.”

Leo esta cita del Señor del Sí a la que se hace referencia en este libro que me han prestado. La encuentro en resonancia con mis aspiraciones ¡Por aquí va la cosa, esto es! – pienso.

Levanto la vista y en la lejanía, a través del tenue velo que cubre al alba, se va iluminando el paisaje y logro percibir, como en un boceto, las montañas africanas entremezcladas con las nubes.

En este tiempo de espera en que se confunden los tiempos y espacios, y el aquí se va transformando en algo impreciso, voy impregnándome del momento y del entorno.

Aquí, en este aquí del donde sea, está mi Guía. Con la intensidad de un trueno y la suavidad del rocío matutino, su voz lejana me alcanza con sonido nuevo, inspirándome. En este diálogo sin palabras con él, lo cotidiano se va entrelazando con lo no habitual.

Miro y ya no logro discernir si son nubes o montañas lo que veo; o ambas cosas. Ni siquiera podría afirmar que están allí, tan solo afuera. Me maravilla esa belleza apenas delineada. Sin embargo,

reconozco que los paisajes no son indispensables para inspirarme; y en verdad, la inspiración pareciera acercarme a aquello busco, ¿o es al revés?

¡Ah, sí! Siempre presente este incesante deseo de mejorarme a mí misma, de avanzar hacia un destino abierto pero aún esfumado, como ese paisaje que observo.

Ayer nomás me encontraba corriendo por el patio de casa hasta alcanzar la higuera que fue parte central de mi infancia; cuando trepándome a ese árbol me quedaba mirando a la distancia, esperando encontrar vaya a saber qué, regocijándome en ese contacto silencioso conmigo misma.

¿Cuántos inviernos y veranos se han sucedido desde entonces?

Nuevamente hoy he regresado al hogar de mi niñez. La casa está habitada por otra familia pero me han permitido pasear por el jardín. Me detengo frente a la higuera y trepo hasta una altura baja, absorta aún en las imágenes de lo que fueran esos momentos en que me sentaba en la horqueta de mi árbol preferido.

Nunca he abandonado la búsqueda de ese algo que se me escapa constantemente toda vez que creo estar a punto de descubrirlo. Quizás, lo encuentre en esas montañas lejanas, tal vez me esté aguardando escondido en los confines de memoria.

Decido descender del árbol, aún con mis recuerdos muy presentes. Apenas doy unos pasos escucho muy cerca de mí un sonido que me inmoviliza.

-¡Grrrrrrr!¡Grrrrrrr! –. La adrenalina sube a toda velocidad. Atrás quedan mis reflexiones. Me doy vuelta muy despacio. Frente a mí, un enorme perro hace alarde de sus tremendos caninos. Mi

corazón late aceleradamente ¡No es el animal el que está por atacarme sino el pánico! En mi adolescencia me ha atacado ferozmente un doberman y nunca he podido superar bien esa situación. Me doy cuenta de que he empezado a transpirar en abundancia porque siento las gotas que se deslizan por mi frente y rostro.

Estoy paralizada, no atino ni siquiera a retirarme lentamente, sin hacer ruido. Noto mis manos humedecidas.

Una voz llama al perro para que entre a la casa pero él, inmutable, permanece a mi lado. Me animo a retroceder con pasos cortitos hasta tocar la higuera con mi espalda. Estiro la mano sin darme vuelta y encuentro la rama más baja. Es fuerte y podrá aguantar mi peso. Primero me siento en ella ya que solamente está a menos de un metro del piso. Luego, en una especie de cámara lenta voy subiendo mis piernas hasta lograr pararme sobre la rama y desde allí, ahora rápidamente, subo hasta la horqueta más alta que puedo y me siento.

-¡ Pffffff! -. Parezco desinflarme al relajarme con esta suerte de suspiro profundo. Al mirar al animal desde esta distancia, veo que no es un doberman sino simplemente un juguetón labrador que mueve la cola alegremente y apoyando dos patas sobre el tronco, alcanza a lamer uno de mis pies, en señal de amistad.

Río para mis adentros pensando en cómo algunos recuerdos me atrapan sin darme cuenta ¡Y yo que me creía tan racional y lógica!
¡Qué ironía!

En esta atmósfera de nostalgia, calma y alegría insinuada, también se entremezclan los tiempos de mi mente con imágenes dispersas. Y me pregunto ¿si el pasado ya fue - aún estas palabras que acabo de escribir ya son pasado -, y el mañana aún no es... cuándo es ahora mismo, cuándo el presente?

Alzo mi cabeza, prefiero observar este árbol protector que quedarme enrollada en mis pensamientos. Un rayo de sol se posa sobre mi mano y la hoja que acaricio. Permanezco mirando este hecho natural, casi cotidiano, que sin embargo me hace sentir ligada a esa hoja. No sé por qué surge una sonrisa en mi cara. Cierro los ojos, disfrutando de ello.

Un sonido lejano atrae mi atención. Boquiabierta veo luminarias cruzando los cielos a pleno día. Una de ellas se posa junto a mí y soy succionada dentro de ella. Inmediatamente, siento una intensa vibración. Por supuesto, no entiendo qué está pasando; en verdad, no entiendo nada de nada.

Alguien me pide que corra velozmente hacia atrás. Me sobresalto ligera y brevemente, ya que agrega - *nada malo podrá sucederte*-. Reconozco la voz de mi Guía.

Logro aflojarme y así, con total confianza, comienzo mi carrera hacia... ¿dónde?

Abro los ojos. El sol se ha ocultado aunque el tinte de su luz permanece en el ocaso. No sé qué ha sucedido. Todavía me encuentro sentada sobre una rama de la higuera mientras esta sensación de plena libertad toma amablemente por asalto mi corazón.

----- *Norma B. Coronel* -----

Negro y blanco

Es difícil de creer que todo puede cambiar tanto de un día para otro. Hasta ayer a la mañana estaba destrozado. La relación con mi novia que tenía desde hacía unos años, había concluido abruptamente. Me hundía el peso del fracaso de ese intento. -¿Qué pasó para que esto terminará así? – me decía a mí mismo una y otra vez, hace menos de veinticuatro horas.

En vano recordaba las palabras de Juani - ¡Estoy cansada de que me juzgues y condenes cada vez que meequivoco! ¡Como si vos no te equivocaras nunca! Siempre saltas enfurecido como si ese error fuera cuestión de vida o muerte -.

Ella continuó explicándome por largo tiempo lo que le resultaba ya insoportable en nuestra relación; era evidente que la cosa no daba para más. No era la primera vez que esto sucedía y aunque había tratado de modificar mi carácter, no lo había logrado ¡Pero ella también tenía sus cosas! Acepté la ruptura. Tampoco para mí no tenía sentido mantener esa relación.

Por más que le daba vueltas una y otra vez a lo sucedido, nada me dejaba en paz. Me daba cuenta de que en el fondo, ni siquiera se trataba de ella; me sentía fracasado, un fracaso total, esa era la cuestión.

-Toma esto – dijo mi madre -, liberándome por un instante del encerramiento tortuoso en que me encontraba.

-¿Para qué me das esto? – le dije mirando el destartado cuaderno que trataba de darme.

- Son notas de tu bisabuelo. A él le gustaba mucho leer y escribir. En estas hojas volcó parte de su vida, historias sobre el Señor del Sí y su mensaje. Pareciera que le ha servido para vivir sabiamente y mejor. También a mí que ha sido útil en momentos difíciles - concluyó mi madre.

La miré con cierta molestia y escepticismo. Como para dejarla tranquila, tomé el cuaderno y lo abrí en una página cualquiera, casi con desgano.

“Cuando encuentres una gran fuerza, alegría y bondad en tu corazón o cuando te sientas libre y sin contradicciones, inmediatamente agradece en tu interior”, leí.

-¡Ja! - pensé para mis adentros -, me encuentro justo en el polo opuesto.

“Cuando te suceda lo contrario – continuaba – pide con fe y aquel agradecimiento que acumulaste volverá convertido y ampliado en beneficio”.

Lo que leía me parecían frases con buenas intenciones. Volví a abrirlo en otra página al azar. Al fijar la vista sobre las palabras y cuando apenas empezaba a leer la segunda línea, todo comenzó a evanescerse. Es decir, las letras iban desapareciendo una por una ante mi asombro, como si una goma u otro elemento invisible las fuera borrando. Pensé que algo raro le estaba ocurriendo a mi

visión. Cerré los ojos y mantuve los párpados apretados por unos segundos pero luego de abrirlos nuevamente, las letras continuaban difuminándose hasta desaparecer completamente. Apresuradamente pasaba de una hoja a otra y en esta suerte de película insólita veía cómo lo mismo sucedía en todas ellas. Finalmente me convencí de que realmente estaba ocurriendo lo que veía, que nada malo le sucedía a mis ojos pero absolutamente no comprendía lo que estaba pasando. Me quedé mirando una de las tantas hojas en blanco cuando de pronto comenzaron a aparecer líneas, trazos, que se iban uniendo hasta convertirse en figuras humanas y naturales.

Un hombre, un niño, luego una joven bellísima, una señora de rostro amable. Árboles frondosos con pájaros de diverso tipo. Atónito miraba todo que surgía ante mis ojos. Mi cabeza atontada, e inútilmente por otro lado, trataba de racionalizar lo que acontecía.

-Seguramente estoy alucinando todo esto... es cierto que no tomé nada que pudiera producirlo... mmm... entonces, probablemente es el shock del rompimiento de mi relación... mmm... no, quizás sea la adrenalina que... o algo químico que está fallando en mi cuerpo y me produce este tipo de....mmm ...-

Nada de lo que me decía a mí mismo me convencía. Esta era una experiencia de otro tipo y mi conciencia no podía indicarme acertadamente de qué se trataba. Por más que escarbara en mi memoria tratando de encontrar algo similar, leído o escuchado, no aparecía ningún hecho ni remotamente parecido.

A estas alturas la situación vivida con mi novia y mis sentimientos nefastos se habían alejado, perdiendo su peso en el transcurrir de este momento insólito.

-Bueno, - me dije – mejor no presto más atención a mis pensamientos y me dejo llevar por esta experiencia única, me lleve a donde me lleve. Así comencé a navegar por ella y a experimentar algo extraordinario.

-¡Pero qué increíblemente maravilloso es esto! ¡Estoy viviendo un libro magnífico! - me decía repetidamente. Y es que lo que comenzó como bosquejos tenues ahora se habían transformado en dibujos tridimensionales de colores espectaculares. Me deleitaba mirando las distintas imágenes.

Al llegar a la mitad del cuaderno algo más llamó mi atención. Al concentrarme en una pequeña ilustración veo que ésta se mueve. Me levanto y corriendo voy a buscar una lupa que guardaba en el escritorio. Ya no podía pensar en nada, simplemente reaccionaba frente a lo que se iba desplegando en esas páginas del cuaderno. Miro a través de la lupa y efectivamente, ¡ese perrito movía su cola! Focalizo con la lupa al niño sentado al lado del perro y observo que ¡movía su mano acariciándolo! ¡Velozmente miro a la joven que le sonríe al hombre quien a la vez le hace un guiño y veo, además, cómo las hojas de los árboles se mueven con el

viento... al que no veo pero que a estas alturas me parece escuchar tenuemente!

Me entrego en cuerpo y alma a esta maravillosa experiencia, a este regalo recibido que impregna mi nuevo hoy, agradecido.

Sobre la carrera del ciego, el mudo y el niño

Hace muchos años, en un lejano pueblito llamado Turbulencia por los tifones que allí ocurrían, la gente del lugar decidió realizar una carrera. No una muy larga pero sí escabrosa y de cierto riesgo, por el terreno que debería atravesarse. Se mantenía en secreto el premio que recibiría el ganador, pero se rumoreaba que era valiosísimo.

Numerosas personas estuvieron tentadas en participar, pero en principio sólo el ciego y el mudo, que además era medio rengo, se animaron a hacerlo. Las personas que los conocían pensaban que habían enloquecido y, no obstante los consejos de sus amigos, ellos se mantuvieron firmes en su decisión. Aparentemente el premio era muy atractivo.

Faltando ya un día para la carrera, un niño que tendría unos diez años llega al único almacén del lugar donde los interesados podían inscribirse, diciendo que quería anotarse para la carrera. Al escuchar esto, el dueño lanzó una carcajada amistosa.

-Aja ¿y por qué quieres participar? –
-Porque tuve un sueño,- respondió el pequeño y calló.

Al dueño le resultó simpático lo que escuchó y, un poco en broma, un poco en serio, le dijo entonces – Muy bien, amiguito, ya está anotado. Que todo le vaya bien.-

Al día siguiente, desde muy temprano, todo el pueblo se volcó al camino por donde pasarían los concursantes.

Los tres corredores estaban alineados y preparados en el lugar de la largada. Durante los primeros momentos, el ciego y el mudo se empujaban ligeramente para ubicarse mejor en la línea de partida pero luego todos permanecieron quietos. La expectativa crecía, no volaba ni una mosca y de pronto.... ¡se largó la carrera!

El ciego era quien más maravillaba por su habilidad. Como bien se sabe, no poder ver es un impedimento grave y el modo en que corría, no obstante su dificultad, era un espectáculo para no perderse. El niño, por su parte, avanzaba jugueteando, divirtiéndose con lo que encontraba a su paso, desentendido de los afanes del ciego y del mudo, manteniéndose en su andar. A mitad de camino, el mudo trataba con mayor empeño de alcanzar a su contrincante pero al ver que no lo lograba y en su desesperación, comenzó a hacer movimientos grotescos con los brazos como para que el otro se detuviera. Obviamente el ciego, que iba en la delantera, no hubiera podido ver las señas ni aunque el mudo estuviese frente a él. Lo que ocurría es que éste había visto el abismo que se encontraba cerca y su conmoción crecía a medida que el ciego se acercaba a él. Hacía todo lo que podía para advertirle del peligro pero era inútil. Entonces, agotado, decidió abandonar la carrera y sentándose sobre una roca que había por allí, comenzó a reflexionar sobre la motivación que lo había llevado a esta situación.

-Son las ocho horas y treinta minutos,- escucho la voz inoportuna que sale del aparato que está sobre la mesita de luz. Es la alarma del reloj que me despierta.

Mientras me voy deserezando reaparecen las imágenes de este sueño singular.

-Qué bonito sueño, es como un cuento, en realidad - me digo - Algo aprenderé de él, pero primero me tomo un café.-

Precisamente mientras lo estoy preparando, surge el recuerdo de lo que he leído del Señor del Sí recientemente. Algo que él dijera en la montaña, hace muchos años; es un escrito que mi bisabuelo tenía guardado entre sus libros.

Lo que allí se decía era que el deseo puede arrinconarnos. “Hay deseos más groseros y hay deseos más elevados ¡Eleva el deseo, supera el deseo, purifica el deseo!”, esto es lo que recuerdo casi textual. En realidad, lo que más llamó mi atención es la ligazón indisoluble entre la violencia y el deseo.

Eso de que detrás de la violencia está el deseo que me lleva de las narices a tratar de poseer ese algo, es así tal cual. Y en esa situación interna se vive enceguecido por ello, afirmado en ello, causando sufrimiento a los más cercanos, arrastrando muchas veces a otros en esa caída.

-¡Claro!, - me digo en voz alta pensando ahora en lo soñado - El mudo ha hecho algo interesante a mitad del camino, pero la clave está en el niño.

Me siento en mi sillón favorito, mirando hacia el pequeño jardín de esta pequeña casa a través de la puerta vidriada. El sol, intenso y amable, inunda el espacio de una calidez particular. Cierro los ojos agradeciendo este aprendizaje. Algo nuevo y bueno se aloja en mi corazón. Siento una gran paz. Nada más quiero, nada más necesito.

En esta quietud, miro con otros ojos y en este nuevo mirar logro captar lo que fluye eternamente y da sentido.

----- *Norma B. Coronel* -----

La acción Valiente

Numerosas anécdotas nos cuentan historias del Señor del Sí, una persona extraordinaria y única. Este racconto nos dice sobre su primer viaje a India durante el comienzo de los años ochenta del siglo XX, hace casi un siglo. Es en este relato, quizás, en el cual se logra captar claramente su amor y su compasión incomparables, salvo, seguramente, a los del Buda.

La enseñanza aquí se refiere a la importancia fundamental de tener fe interna, fe en la vida, en uno y en los demás, pues es la vía que permite superar la violencia y abre el paso hacia una vida válida, verdaderamente intencional y evolutiva.

“20 de octubre de 1981

Apenas me bajé del avión, me inundaron sonidos, olores y coloridos, inusitados. Había un gran contraste con el lugar donde nací, crecí y vivo aún; quizás la similitud está en las altas montañas que aquí también existen, en el norte. Allá en mi pueblo, el techo de occidente, acá, el techo del mundo.

El señor Jayesh, mi referencia dentro de la fábrica de herramientas con la cual había entablado relaciones epistolares, me estaba esperando en el aeropuerto. Inmediatamente surgió una correntada de simpatía entre nosotros. Si bien él no habla español y mi inglés es lamentable, ambos hicimos el esfuerzo por

comunicarnos y la cosa hasta el momento ha ido bastante bien. Es un hombre joven, amable, de sonrisa suave y mirada profunda.

-Lo llevo a su hotel para que pueda descansar, – me dijo una vez que nos saludamos y él me colgara una guirnalda de flores, como un collar. – Es una tradición de mi país dar la bienvenida al visitante con esta ofrenda, - concluyó.

Una vez en el hotel, me dejó descansando porque como dijo, según entendí,
- es preferible perder un día de negocios para estar lúcido y relajado al siguiente.-

Decidí comer algo liviano y me conformé con un simple sándwich y una taza de té.”

Así comenzaban las notas de mi bisabuelo quien había llegado a India por negocios. Ya no recordábamos el lugar exacto en que había estado, si Bombay o Calcuta. Él se dedicaba, entre otras cosas, a la venta de herramientas y en ese momento le resultaba conveniente comprarlas allí.

“24 de octubre

Hace cuatro días que estoy en este país y he descubierto que aquí los negocios se hacen de otra manera; los acuerdos comerciales se desarrollan en horas de trabajo solamente; lo temas que ellos consideran más importantes se dan fuera de ellas, pero para ser exacto, en cualquier momento.

Ya superé mis sobresaltos al viajar en taxi. Es una locura, no hay reglamento que se aplique, se maneja con bastante velocidad y en los cruces vale todo. Se avanza sorteando gente, vacas, templos que se encuentran en medio de las calles y vendedores ambulantes. No entiendo cómo es posible que nadie sea atropellado, ni siquiera he visto un choque.

Lo que sucede en las calles parece de película: en los lugares turísticos se ven hombres con turbante y una serpiente alrededor del cuello, como si fuera una bufanda; en los barrios, una incontable cantidad de gente viviendo en las calles de punta a punta. Allí duermen, se cambian de ropa si es que tienen otra muda, comen si tienen qué comer.... Todo en las calles.

Las playas de la bahía están siempre llenas de gente caminando. Ayer, cuando recorría una de ellas y distraído como estaba pisé sin darme cuenta a un faquir enterrado en la arena que solamente tenía sus manos afuera. Doy fe que estaba vivo y respiraba, por supuesto, porque con sus manos me indicaba que tenía que pagarle diez rupias por haberlo pisado. Esto me lo aclaró luego el guía turístico del hotel quien me explicó también que los faquires se colocan una gasa muy fina sobre su cara para que no les entre la arena al respirar ¡Trucos de magos orientales!

Aún estoy algo mareado por tantas cosas nuevas que estoy viviendo, diversas a mis costumbres pero muy interesantes. En este corto tiempo de mi estadía aquí he aprendido que hay otro modo de vivir. Lo veo en Jayesh y en su familia, se percibe en la gente cercana a él.

Cuando le cuente a mis amigos todas estas cosas van a sorprenderse y a hacerme muchas bromas, estoy seguro. Le voy a llevar a Juan un turbante de regalo. Él siempre anda payaseando y le va a gustar.

27 de octubre

Hoy ha sido un día completamente inusual.

-Mañana arribará una persona de tu país.-

Así comenzó Jayesh cuando nos encontramos esta mañana. Me preguntó si yo conocía al Señor del Sí, quien llegará en un par de días para dar una conferencia en esta ciudad.

- Esta sí que es una casualidad fuera de lo normal – le dije.

En realidad, parece estar fuera de toda casualidad, pensé luego. Es raro que estemos en la misma fecha en este extraño y alejado país de donde vivo.

-No tengo la menor duda de que será un encuentro más que interesante - continué. - Yo lo he conocido en uno de mis viajes por el interior de mi provincia, en un pueblo de alta montaña. Es decir, lo vi una sola vez pero escuché numerosas leyendas sobre él-.

Jayesh me miró con curiosidad y me alentó a que le contara sobre ese hecho. Pude explayarme con total gusto y soltura, no había encontrado tan buen oyente antes.

-Nunca olvidé el día en que lo conocí. Me impactó su mirada profunda, serena, concedora, pícara por momentos; como si en

ella pudiese ver la Vida, así con mayúsculas y algo más que no he logrado descifrar -, concluí.

Los ojos de Jayesh brillaban mientras una sonrisa asomaba en su rostro, lo notaba contento. A mí seguía resultándome sumamente curiosa esta coincidencia y, simplemente bastó que mi nuevo amigo me hablara de las bondades del Señor del Sí que no pude evitar correr la fecha de mi regreso para asistir a su conferencia.

Ya sabía yo que él era un hombre muy singular pero no hubiera pensado que se lo conociera en el oriente, y en el lejano oriente, como descubriría más tarde. Para mayor sorpresa mi amigo me dice que además hay otras dos personas de mi país que están viviendo aquí.

- Ya los conocerás el día de la conferencia -, concluye como si todo lo que me ha contado hoy fuera cosa de todos los días.-

29 de octubre

La vida tiene sus vueltas, qué días increíbles estoy viviendo. Vine aquí tan solo a hacer negocios pero ahora me encuentro con esto que es inesperado pero bienvenido, como el aire fresco de una mañana soleada que me alcanza.

Durante estos dos días han ido llegando personas de distintos países del Asia para atender la conferencia. Gente de Filipinas, de Malasia, de Japón, de Australia y algunos europeos. Todos me tratan como si nos conociéramos desde siempre y yo no tengo la

menor idea de qué se trata todo esto que ha generado el Señor del Sí. De lo único que estoy seguro es que debe ser algo bueno, nada más.

30 de octubre

Hoy fuimos todos juntos a visitar unas cuevas que se encuentran en una isla cercana a esta ciudad. Ya me han incorporado al grupo y en realidad, me siento parte de él, tal como me sentía en la secundaria cuando nos encontrábamos con los compañeros a conversar pavadas o cuando íbamos a visitar algún lugar.

-Por favor, es necesario que estemos atentos y permanezcamos cerca uno del otro. No sea que después tengamos que hacer malabares para rescatarlos de abajo de la pata de un elefante – nos dijo sonriente Tejal cuando ella, Parimal y Sudhir nos fueron a buscar al hotel.

Dicho sea de paso, este hotel se había convertido en nuestro centro de operaciones, ya que todos los extranjeros nos alojábamos en él.

Para llegar a las cuevas tuvimos que viajar en unas embarcaciones, una suerte de lanchas pequeñas, pero sin motor, impulsadas por un señor con un remo largo.

-Cuidado con las escalinatas que están muy resbaladizas – nos alertó Parimal al llegar al muelle, y poco faltó para que uno de los chinos que había venido de Hong Kong se cayera al agua. Por

suerte logré sostenerlo a tiempo.... ¡pero gracias a que otro me sostuvo a mí! La cosa no pasó de allí.

Las cuevas no eran muy grandes pero sí numerosas e interesantes. En ellas se encontraban estatuas esculpidas directamente en la roca. Seguramente quienes las han esculpido habrán estado años en esa tarea por el tamaño que tienen y por la cantidad de figuras que hay allí. Esto me hizo pensar bastante. Gente que dedica tiempo y se empeña para dejar testimonio de sus dioses, de sus creencias ¿Cómo habrán hecho, cómo habrán vivido? Y sobre todo, ¿Qué fuerza los mantuvo en esa ardua tarea?

1° de noviembre

Escribo estas notas antes de irme a descansar luego de este increíble día que me tocó vivir.

Finalmente llegó el día de lo que se llamaba el “Acto Público”. Desde temprano a la mañana nos encontramos en la zona cercana al lugar del encuentro para repartir volantes que invitaban al evento. Todo ocurriría en la playa ya que por más que hubieran buscado un lugar para más de cinco mil personas, no encontraron ningún lugar cerrado en la ciudad que pudiera albergar esa cantidad de gente.

-Sabes – me dijo Yu Tat Kwon, uno de los chinos, cuando repartíamos volantes, - no entiendo nada cuando me hablan los indios y creo que ellos no me entienden a mí pero así y todo, nos

comprendemos. Es raro, ¿no es cierto? – finalizó diciéndome. ¡Bueno! – pensé mientras observaba cómo una vaca cruzaba cansinamente la calle y se echaba sobre el pavimento, en medio del tránsito, sin que nadie ni nada la molestara – ¡hay rarezas de otro tipo también!

A mí me parecía un poco descabellado lo que se esperaba que sucediera y más teniendo en cuenta que se estaba acercando un monzón, esa tormenta de lluvia y vientos fuertísimos que pueden tirar abajo árboles, casas y todo lo que encuentren a su paso. La preocupación de algunos se podía casi tocar con las manos.

La verdad es que dudaba de que fueran más de quinientas u ochocientas personas pero no quería desalentar a ninguno y opté por callar.

Nos reunimos todos en la playa poco después del mediodía.

- El escenario ya está bien armado – comentó Aiyappa, uno de los organizadores. Tuvimos suerte que la escuela de la otra cuadra nos prestara todos los pupitres que necesitábamos para sostener la plataforma.-

¡Aaahhhh! - me dije, - no podía ser de otro modo, hasta en esto mostraban su interesante imaginación para sanear dificultades. No pude precisar el tamaño de semejante escenario pero recuerdo que sobre el mismo estuvimos sentados los setenta

extranjeros de diversos países que nos encontrábamos allí para presenciar el evento. En la parte trasera del escenario se había levantado una empalizada entretejida con cañas de bambú que corría a lo largo del mismo y se alzaba unos diez metros hacia lo alto. Sobre la misma se pensaba colocar una enorme bandera, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, como bien dice el refrán. Los vientos eran tan fuertes que no hubo modo de colocarla. Tal es así que en las fotos que atestiguan el hecho apenas se logra ver una pequeña bandera de aproximadamente un metro cuadrado o algo más. Por suerte, o gracias a los dioses, las lluvias no llegaron y el viento no fue tan potente como para hacernos volar por los aires.

Frente al escenario se colocaron miles, sí, miles de sillas y, si mal no recuerdo también unas mantas sobre la arena en caso de que llegara más gente que la esperada.

Antes de la hora de inicio comenzamos a ver llegar a buses llenos de gente; llegaban unos tras otros. Las mujeres con sus coloridos saris de seda, los hombres con sus trajes típicamente indios o con pantalón y camisa al estilo occidental bajaban de los micros y se encaminaban en fila hacia las sillas. Era un continuo fluir de personas, como el movimiento del agua de un río: un río de gente. Atónito y maravillado miraba un paisaje antes nunca visto.

Los asistentes fueron más de diez mil personas que permanecieron sentadas por más de dos horas mientras llegaban las ráfagas

de viento. Ni siquiera uno de ellos abandonó el lugar a rodar las palabras del Señor del Sí.

Nos habló de la violencia en todas sus formas y la destrucción que produce; de esa violencia producida por el sufrimiento humano, detrás del cual hay temor. Temor a la enfermedad, al dolor, a la vejez, a la muerte. Dijo que era necesario lograr fe interna, fe en uno mismo para superar la destrucción.

No sabía muy bien qué estaba sucediendo en la gente al escuchar esas palabras pero yo sentía el fuerte latir de mi corazón.

-Me habla a mí -, pensé, cuando escuché su propuesta de empezar a vivir de otro modo y de tener fe en que uno podía lograrlo.

Desde hacía un tiempo ya, me encontraba apesadumbrado sin saber bien a qué se debía. Me decía que era por la situación de mi país, de mi ciudad, por las discusiones interminables con mis hijos que iban en otra dirección a la que yo deseaba. Así pensaba. Recordé, inclusive, el día en que nos reunimos con mis amigos cercanos a tomar un café antes de este viaje y yo cínicamente, comentaba que había que vivir el día y lo mejor posible, a toda costa, ya que eso era lo único seguro. Eso decía pero no hacía.

Con frecuencia, imaginaba mi futuro muy incierto, y para asegurarme de que las cosas estarían bien para mi familia, iba de aquí para allá tratando de hacer más negocios a fin de prosperar,

cuando en realidad no necesitábamos nada más para vivir cómoda y tranquilamente por largo tiempo. Así, en esa extraña circunstancia en la que me encontraba esta tarde, pude reconocer que mi propia vida se había tornado hueca, sin sentido.

Sin embargo, muchos años atrás, la alegría y la calma eran moneda corriente en mi vida ¿pero qué pasó, cómo es que eso cambió? ¿y cuándo sucedió? Los pensamientos corrían velozmente hacia el pasado, de ahí al presente y nuevamente hacia años anteriores.

Para qué estoy haciendo lo que hago - me pregunté – por qué lo hago, y todo se me aclaró de repente.

Mientras estaba con mis temas, la exposición continuaba. Logré concentrarme nuevamente en lo que se decía al enfocar la mirada en ese mar de gente que estaba frente a nosotros.

Al escuchar que nos decía que empezáramos una vida nueva e invitarnos a saludar con el corazón abierto hasta a nuestros enemigos, se me hizo un nudo en la garganta. Me han enseñado desde niño que los hombres no lloran pero en ese momento, fue más fuerte que yo.

6 de noviembre de 1993

Acabo de terminar la lectura de mis apuntes sobre el viaje a India. No los había vuelto a tocar desde 1988 cuando mi mujer andaba enredada en problemas con su familia y se los leí porque podía servirle para reconciliarse con los suyos.

Me pareció un buen momento para releerlos ahora; han pasado doce años ya de aquel encuentro en tierras lejanas con el Señor del Sí, quien tanto influyera en mí, y del cambio de rumbo que hice entonces. Recién ahora caigo en cuenta de que ese suceso marcó un antes y un después en mi vida.

Aquí estoy sentado, como todos los días, en el jardín de la casa. Al echar una mirada hacia atrás veo que, salvo mis pocos encuentros con aquél extraordinario hombre a quien nunca he dejado de agradecer, he vivido como la mayoría de las personas y como a ellas, me ha pasado de todo un poco. Fracasos, alegrías, algunas tristezas, algunos momentos difíciles pero siempre la esperanza renaciendo. De todo eso, he aprendido que la vida siempre te da una oportunidad más... para reparar errores, para levantarte después de una caída, para volver a amar, para empezar nuevamente a caminar con fe en uno mismo y en los demás.

Miro alrededor satisfecho por lo realizado y lo aprendido. Sentado fielmente a mí lado está Ichi, nuestro perro, acompañándome; el jardín, todo vestido de verde en distintas tonalidades, como si fueran notas diferentes de una misma melodía. Me quedo así, mirando en torno a mí, reconfortado. Mis ojos se fijan a una multicolor planta iluminada a pleno por el sol. Pareciera que todo ha hecho silencio porque el sonido de los coches, de los pájaros... de mi propia mente, se ha ido acallando.

Un sentimiento inusual invade mi pecho repentinamente. Algo me conmueve hasta el alma.

Amanece

Sin saber bien porqué hoy comencé a releer aquellos escritos que mi bisabuelo nos dejara como parte de su herencia. En esas notas él ha volcado sus vivencias más importantes, como si todo lo demás que le había sucedido no hubiese tenido tanta influencia en su vida.

Abrí una página cualquiera, “La enseñanza”, leo. Qué raro que haya escrito en su cuaderno especial – pensé – algo que me pareció tenía que ver con una escuela; que yo supiera el bisabu, como lo llamábamos, nunca se interesó mucho por la educación en general ni tampoco por la de sus hijos.

A medida que continúo leyendo me doy cuenta de que se trataba de un tipo de enseñanza que desconocía. Nada se enseñaba sobre matemáticas, geografía, biología; sino que aparentemente el aprendizaje era sobre uno mismo. Se ahondaba en el conocimiento de la propia mente, de la existencia toda; se estudiaba y se realizaban ciertas prácticas que llevaban a la superación del sufrimiento y el despertar de la conciencia.

El bisabu escribió: Hoy fue el día en que se esparcieron las cenizas en la montaña de quien fuera en vida el Señor del Sí. Eso me han dicho. Supe de su muerte hace unos tres meses por los periódicos y por la gente que vino a despedirlo entonces. Allí, donde habló

por primera vez, allí mismo fue donde sus cenizas fueron arrojadas al viento.

Recuerdo que al enterarme de su partida lo primero que pensé es que se había ido un grande, la persona más buena e indiscible que había conocido.

Pero enseguida, sin embargo, en mi cabeza comenzó a girar la idea de que por ahí se habían equivocado, de que se trataba de otra persona o de que su partida era más bien una suerte de truco que él mismo había preparado, que lo encontraría en la heladería de la esquina un día cualquiera o arriba, en la montaña, oteando al cielo atentamente, esperando a los cóndores que tanto le gustaban, según me habían comentado. Todos los relatos escuchados acerca de su persona - puedo dar fe de algunos - han sido extraordinarios y no me encajaba la idea de que había dejado de existir.

Eso no es posible - me decía - sin comprender por qué lo afirmaba con tanto énfasis

Apenas si lo había visto un par de veces pero eso había sido suficiente para tener una influencia enorme en mi vida, para cambiarla, en realidad.

Bueno – me dije – otra vez el bisabu atrapándome con sus escritos. Casi todos sus relatos tenían que ver con este Señor y siempre aprendía algo de ellos.

En estos días me encuentro en una encerrona. Hace ya un tiempo que me he casado con un hombre hermoso, excelente, y la familia insiste en que es hora de que tengamos un hijo. Si bien ellos han

“tolerado” que continuara trabajando, se espera que renuncie cuando quede embarazada ya que mi esposo tiene un buen ingreso mensual y no hace falta que yo contribuya en ese sentido. Trabajo en un banco en el cual mi suegro posee algunas acciones y una buena relación con el directorio. Me han dado el puesto precisamente por eso. En estos momentos estoy a cargo de una sucursal del mismo.

Se podría decir que todo está muy bien, sin embargo, en la quietud de algunas noches, una suerte de angustia me asalta sin saber bien porqué. Precisamente anoche, cuando todo hizo silencio y me encontraba tratando de dormir, se hizo evidente mi fracaso. Ni el matrimonio ha resultado como esperaba, ni el trabajo, ni la familia. Más aún, me he enterado que el tesorero de la asociación pro ayuda a los niños desnutridos de la cual soy voluntaria, se ha embolsado miles de pesos ¡y los últimos alimentos destinados a los niños jamás les han llegado!

Constantemente siento la presión de mis obligaciones, de las expectativas de la familia con Pedro y conmigo para la continuidad de su apellido y en verdad, ya nada de eso me interesa. La felicidad no está en mi marido, ni en la familia, ni en el piso en Palermo, ni en el coche último modelo, ni en las amistades de la alta sociedad, ni en los viajes a Europa, el Caribe o EE.UU, ni en los títulos que he logrado. Nada de todo ello ha resultado lo que esperaba. Me siento arrinconada por esas situaciones que en el fondo no elegí completamente, y de algún modo, alguien o algo me ha traicionado.

-Te han vendido un buzón -, diría mi bisabu – y eso sentía.

Lo que creía de mi vida pareciera que se ha desmoronado y siento el peso del fracaso de lo que no se he podido lograr. Mi vida ha fracasado y me encuentro vacía, sin saber cómo continuar.

Sigo hojeando el cuaderno descuidadamente y en ese paseo sin destino aparente, de pronto leo algo profundo y sencillo que me conmueve, aunque el párrafo está inconcluso.

“En mucho días descubrí esta gran paradoja: aquellos que llevaron el fracaso en su corazón pudieron alumbrar el último triunfo, aquellos que se sintieron triunfadores quedaron en el camino...”

Algo bueno comienza a expandirse en mi pecho. Respiro ampliamente, surge una alegría suave por primera vez después de un largo tiempo.

Nada está claro sobre lo que haré de aquí en más, aún la confusión me invade; sin embargo...

En esta especie de pasaje entre el ayer y el mañana, me quedo mirando absorta el cielo, ahora plagado de estrellas. Algo se anuncia, tal cual lo hacen los sonidos lejanos que se escuchan en las altas montañas de mi pueblo, antes del alba.

El Señor del Sí

Este es uno de los relatos que mi bisabuelo nos contara durante nuestra niñez, cuando lo visitábamos. Él tuvo la sabiduría de volcarlos en un pequeño cuaderno del cual he rescatado éste, es uno de los que más me atraía. La primera vez que lo escuché quedé fascinada.

Atenta y profunda su mirada, posada en la lejanía del paisaje andino,
¿o era, quizás, en los confines de su propia conciencia donde la fijaba? – así comenzaba mi bisabuelo a relatarnos esta historia.-

Cuenta una de las leyendas – continuaba - que en el pueblo nadie sabía a ciencia cierta cómo sucedió todo, pero un buen día, el Señor del Sí se instaló en la pequeña casa de piedras que él mismo construyó en medio de esas imponentes montañas y allí se quedó por un cierto tiempo.

Los cuchicheos abundaban entre la gente del lugar apenas supieron de su existencia en aquel paraje. Se preguntaban sobre su origen pero sobre todo querían saber qué estaba haciendo allí, en semejante lugar donde solamente se encontraban las piedras y unas escuálidas matas.

- ¡Y bueno, seguro que las alimañas lo irán a visitar! – decían algunos.

- ¡En una de esas las escucha hablar!- bromeaban otros.

- El sábado pasado fui a visitar a unos parientes que viven en la ciudad, ¿se acuerdan de ellos? – dijo otro. Vinieron por acá el mismo año de la gran nevada. Bueno, fui a verlos por unos días y lo primero que hice fue contarles sobre este hombre extraño y solitario que estaba viviendo en la montaña, donde el tiempo dobla. Ellos me dijeron que habían escuchado algo de eso y que se rumoreaban cosas raras de él, allá.

Unas semanas atrás, Rosa, mi prima, había oído decir en la panadería que este señor había bajado de un plato volador cerca del Tata pero ahí mismo, Juancito, el hijo mayor, la paró en seco, como quien dice, y dijo: que lo que se hablaba eran todas pavadas. Que en realidad ese hombre había nacido en la montaña y se había criado solo entre cóndores y pumas, que había bajado a la ciudad a estudiar, que sabía mucho de todo, que era bueno y que si ahora estaba por allá arriba viviendo solo otra vez seguramente era porque estaba pensando, ya que la ciudad estaba contaminada.

Yo no entendí bien eso de que estaba contaminada pero no quise preguntar nada, ya me había dado cuenta de que ellos tampoco sabían mucho.

- No sé quién será este hombre pero me gustaría ir a visitarlo, en

una de esas tiene buen charqui y buen vino y nos convida - dijo Josecito.

- Ah, tenía que salir el interesado, nomás - le retrucó el Osco, que casi nunca emitía palabra alguna.

Se hizo un silencio amable cargado de interrogantes no expresados; era evidente que se esperaba que alguno de los baqueanos abriera la boca. Finalmente, habló el más anciano de todos.

- Es que los de la ciudad no conocen nada de la montaña, ¡y ustedes parece que tampoco! - dijo sonriendo, mirándolos con ojos pícaros. – Cuando eran niños les conté que el Tata habla y parece que lo han olvidado. Será bueno repetírselo.-

Los habitantes de esos lugares llamaban “tata” – padre – o simplemente “la montaña”, al pico más alto de occidente, como si el resto de las altas montañas fueran solamente guardianas de aquél, el gran centinela de piedra.

- Mi abuela, que aunque nunca lo había visitado en las alturas lo conocía mejor que nadie - continuó el baqueano mayor - me contó que un día, cuando estaba con sus cabras cerquita del Tata, él le habló y le dijo que iba a despertarse completamente cuando

alguien con el corazón de un león alado entrará en el suyo y fueran uno.

– Lo que tú ves de mí, es sólo una parte, pero yo soy como una serpiente muy larga de la que sólo se ve la cabeza y parte de su cuerpo. En verdad llego muy lejos; alcanzo el norte y el sur, el este y el oeste. Cuando llegue a mí ese hombre, despertaré, entonces serán los tiempos del gran cambio y tus hijos y los hijos de tus hijos tienen que prepararse para ese día. Ellos serán el eco que repita la buena nueva para que todo vuelva a estar bien en este mundo.-

- Así habló la montaña y luego enmudeció - continuó el anciano sabio, y concluyó diciendo - si este buen hombre que ha venido aquí habla con las alimañas, no lo sé, pero seguro sabe cómo hablarle al Tata. En una de esas él es quien logra despertarlo -.

Un buen día, cuando nadie lo esperaba, el misterioso personaje se apareció en el almacén de ramos generales del pueblito. Justamente ese día había ido con mi hijo a entregar la mercadería que me había encargado el dueño del almacén, así que fui testigo de lo que ocurrió.

Las voces de los parroquianos enmudecieron de repente al verlo, hasta el viento parecía haberse silenciado. Algunos lo miraban de reojo, otros se hacían los desentendidos. Casi ninguno de los presentes lo había visto antes, ni yo tampoco. Si bien los habitantes de La Esperanza eran curiosos como la mayoría de las personas, también eran algo ariscos para entablar nuevas relaciones.

Evidentemente el Señor del Sí no se amedrentó con la reserva que mostraba la gente y saludando con voz potente y amable a todos, se acercó al mostrador entablado conversación con el dueño sobre la salud del viejo sabio, como llamaban al baqueano más anciano, sobre la posible nevada, el cierre del paso fronterizo y alguna broma que no alcancé a escuchar habrá hecho porque don Raúl, el dueño, largó una carcajada seca. Preguntó luego por las provisiones que quería comprar para llevar a su casa: alimentos, fósforos, un jarro de metal y finalizó diciendo – sívalos un vino a todos los presentes de mi parte.-

Ahí sí la gente abrió la boca para agradecerle el gesto y gustosamente aceptaron el regalo.

-Bueh! - dije para mis adentros - ¿y éste es el raro?

Podía ser extraño su cuerpo tan delgado, como un álamo pelado; su mirada penetrante o su forma de vestir, con esos pantalones que le quedaban un poco cortos, pero evidentemente había mucho de imaginación en todo lo que se decía de él. Pensé que no podía haber una persona más normal que este señor, pero poco me iba a durar esa idea porque al pasar junto a mí, me guiñó un ojo y me dijo – por supuesto que uno es normal, ¡de carne y hueso, caramba! -. Ante lo cual me quedé boquiabierto como un bobo pensando con asombro ¿cómo supo que...?

Ya en la ciudad, empecé a prestar más atención cuando algún vecino lo nombraba, contando una que otra anécdota de lo que

hacía. Me quedaba embelesado como un niño frente al nuevo juguete escuchando esos relatos y la verdad es que no sabía qué pensar de todo eso pero no tenía dudas de que aquel hombre era especial.

Cada vez que iba al pueblito La Esperanza las conversaciones terminaban en relatos de historias fantásticas vividas con ese hombre. No es que ellos quisieran hablar mucho de esas cosas pero cuando no era uno, era otro que sacaba el tema como quien no quiere la cosa y ahí comenzaba el “baile”; es decir, todos tenían algo para agregar. Historias nuevas, historias viejas. Me entretenían estas visitas que realizaba al almacén.

El hijo de don Raúl era quien más abría la boca ya que solía visitarlo a menudo junto con un par de amigos, incluyendo a Josecito, quien no recibía ni charqui ni vino pero sí un chocolate caliente que el cuerpo agradecía, expuesto como estaba a las bajas temperaturas de invierno de aquel lugar.

Así fue corriendo el tiempo y también los vientos, removiendo memorias, trayendo el mañana. Lo cierto es, sí, que aquél hombre hizo prosperar al pueblo y sacó de apuros a más de un parroquiano.

Desde hacía años, gente de todas las edades y latitudes del planeta iba a visitarlo y poco a poco, en el espacio que rodeaba a su casa, fueron apareciendo nuevas construcciones simples pero tecnológicamente equipadas para telecomunicaciones, una antena parabólica se alcanzaba a ver detrás de una de ellas.

Se levantaban cabañas, casas, una construcción de forma extraña. Algunos decían que en ese lugar él habló por primera vez a la gente que se había acercado años atrás para escucharlo. Habló sobre el sufrimiento y cómo superarlo; alentó a lograr la paz interna y a llevársela a otros. Algunas personas decían que allí había una gran energía y si uno ingresaba al lugar salía sintiéndose mejor, ¡hasta físicamente!, decían, pero esto último yo lo dudaba. Para mí, como para tantos otros, el lugar era una referencia en el camino, como un faro.

Recién volví a ver al Señor del Sí luego de muchos años, a la distancia solamente.

Me encontraba en la ruta camino a otro pueblo de alta montaña y me detuve a la altura del lugar donde él aún mantenía en pie la pequeña casa.

Él estaba solo, parado sobre el montículo más alto de ese espacio. Erguido, con sus manos hacia atrás, mirando a la distancia y hacia arriba; el sol a sus espaldas, casi sobre su cabeza. No podía ver su rostro, por supuesto, pero recordaba su mirada, la de aquella única vez en que nos encontramos cara a cara: pícara, bondadosa, penetrante, insondable.

Los cóndores empezaron a sobrevolar el lugar en donde él se encontraba. Dos, cinco, once, diecinueve; ¡diecinueve cóndores volando a baja altura!

Mi corazón latía con fuerza ante esa maravilla y ¡pucha!, una lágrima rodó por mi mejilla. Jamás olvidaré aquella imagen imponente y sagrada.

Según comentaron un día los del pueblo, a este hombre se le había dado por pelear contra su sombra; parece que quería alejarse de ella, que dejara de acecharlo constantemente y andaba por ahí lidiando con ella. Decían, además, que en el atardecer de un día, su sombra casi lo ahoga, cubriéndolo totalmente pero él supo cómo vencerla.

- ¿Pero están seguros de que peleaba con su sombra?, pregunté. Esto me parecía casi demencial pero me intrigaba.

- Ajá, don, es así nomás, - alguien dijo.

- ¿Y la sombra tapó todo su cuerpo?

- Y su cabeza también. Todo era una gran oscuridad. Luego él volvió a la luz y ya no tuvo más sombra.

- ¿Usted lo vio? – pregunté incrédulo.

- Bueno, no, me lo han contado pero es como si lo hubiera visto con mis propios ojos – dijo Antonio.

- Yo lo he visto, don – dijo el Osco.

Todos clavamos la mirada en él. Que el Osco dijera eso, era palabra mayor y nos dispusimos a escucharlo atentamente.

-Iba con la mula a llevarle leña. Antes de pegar la vuelta cerca del río escuché que hablaba en voz alta con alguien. Creí que se iba a armar una trifulca. La mula se echó y no quiso continuar, así que me quedé esperando. Se vino la oscuridad y el silencio. Ni mi mula ni yo nos movíamos. Los dos sabemos bien que en estas montañas pasan algunas rarezas. Después de un rato, sale él de su casa y al verme hace señas para que me acerque. La mula entonces se levantó y al paso fuimos andando. No había nadie más en su casa;

bueno, su casa es sólo una pieza chica. Entré la leña y después de pagarme, me sirvió el chocolate caliente, como acostumbraba a hacer siempre.

Según entendí de lo que me contó, no había estado peleando con ninguno; había estado hablando en voz alta, preguntándose cosas. La María lo hace todo el tiempo, así que no me asombró para nada. La situación tenía que ver de algún modo con la parca, esa que nos viene a buscar a todos tarde o temprano y recuerdo, no sé si bien o mal, que había como dos caminos, uno que ayudaba a dejar de tenerle miedo y otro que no. Después dijo que la venganza no sirve para nada, porque uno se queda enredado con esos sentimientos y no puede vivir bien, disfrutando del sol y el buen vino.

Nos quedamos sin decir nada más. La verdad, yo siempre había pensado que no era bueno vengarse porque el corazón se ennegrecía y aunque no entendía del todo sus palabras, sentía algo lindo en mi pecho. Hoy les cuento esto para que ustedes les digan a otros que vengarse no le hace bien a nadie y que hace falta no quedarse con rencores. Mejor reconciliarse con el vecino, con la familia y con quien nos ha ofendido. Entonces también ustedes sentirán algo grande y bueno como me pasó a mí – finalizó.

Esta historia que contaba no me resultaba clara. Me parecía otra leyenda más de las tantas que había escuchado. Algo de verdad habría en ella pero no lograba hilar nada de lo escuchado. Pedirle más explicaciones hubiese sido como pedirle peras al olmo.

Un día, sin embargo, cuando me encontraba paseando por las calles de otra ciudad alguien me dio un volante donde se leía simplemente “el camino de Sí ayuda a superar el sufrimiento, el camino del No impide superarlo”, y luego se invitaba a una reunión sobre el tema. Vaya a saber uno porqué en ese momento recordé el relato que hiciera el Osco. Decidí ir por curiosidad más que por otra cosa. La persona que explicaba era una mujer bastante joven y como se podían hacer preguntas, casi al final de la reunión me animé a expresar la mía.

- Esto de los dos caminos ¿tiene que ver de algún modo con la muerte?

Ante mi pregunta ella sonrió amablemente y me dijo – Puedo decirte por experiencia que la senda del Sí lleva a superar temores, contradicciones y también la violencia. Entonces, como los humanos tememos a la muerte, entre otras cosas, sí hay una relación entre los caminos estos y la finitud. Aprender a reconciliarse con uno y con otros; pensar, sentir y hacer sin división interna; y tratar al otro como uno quiere que lo traten, son temas que consideramos claves para ir liberándose de los temores. No sé si podría responder completamente tu pregunta. De todos modos, ahora tenemos que desocupar este lugar. Me gustaría mucho conversarlo contigo tranquila y sin apuro ¿te parece ir a tomar un café al bar de la esquina? –.

Ya estaba por aceptar cuando recordé que tenía una cita de negocios que no podía posponer porque justamente ese día

viajaba a otra ciudad por trabajo, como siempre.

- Lamento mucho no poder hacerlo, tengo una cita y luego parto esta noche.- le dije.
- Bueno, no te preocupes. Te daré un escrito del Señor del Sí que podría servir para aclarar tu inquietud.-

Me dio unas pocas páginas. Le agradecí y nos despedimos sin decir nada más.

Estas son mis historias predilectas. Me quedé pensando en esos encuentros inusuales que a veces nos suceden y que luego influyen en nuestras vidas.

Sentado en mi silla preferida, perdido un poco en estos relatos, agradecía como todos los del pueblo a aquél Señor. Miraba las hojas otoñales esparcidas en el jardín. El sol me regalaba sus últimos rayos de luz por entre los árboles, dándole un tinte especial a los amarillos, marrones y verdes de las hojas, desplegando su belleza. Una cálida emoción surgió en mi pecho frente a los recuerdos y lo bello.

El cóndor apareció inesperadamente en los cielos con su vuelo fluido por un momento, para luego remontar raudamente hacia las alturas. En ese instante, me pareció ver ya en la lejanía, la silueta del Señor del sí, montado sobre sus alas.

----- Norma B. Coronel -----

*Navegante en los mares de la vida
de instantes y eternidad
Navegante de tiempos y espacios
Dime ¿hacia dónde vas?*

Índice

1.300.000 a.c.....	pág. 7
La máscara de aquel pequeño hombre gris	pág.11
Allí en el oriente	pág.15
Rejas	pág.17
Alguien llama	pág.21
Dos soles	pág.23
La Sombra	pág.27
La dama del río	pág.31
Al sudeste del planeta	pág.37
Señales 2010	pág.41
El canto de la vida	pág.43
El Okupa	pág.47
Luminarias en la niebla	pág.51
Montañas del África	pág.55
Negro y Blanco	pág.59
Sobre la carrera del ciego, el mudo y el niño	pág.63
La acción valiente	pág.67
Amanece	pág.79
El Señor del Sí	pág.83

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2011
en EsconColor: Av. Alvarez Thomas 800
Ciudad Autónoma de Buenos Aires (Argentina)
esconcolor@gmail.com